NE SÇAIS SI SÇAIS

60

Adolfo Castañón

NE SÇAIS SI SÇAIS

Diseño y tipografía: David Medina Portillo

Primera edición 2012

ELDORADO EDICIONES
eldorado@gmail.com

Impreso y hecho en México / Printed and Made in Mexico

Nota a la edición

60, de Adolfo Castañón, es un regalo: aquí y ahora celebramos que el 8 de agosto de 1952 la lúcida y apasionada sílaba de su nombre se entrelazó al gran texto del universo. Es también la manera de decirle que la vivacidad de sus poemas es para nosotros un luminoso presente. *60* es nuestra lectura de su obra poética, la forma en que, una y otra vez, la deletreamos.

Sabemos que Adolfo, gran bibliófilo, gusta paladear en los libros el linaje de los textos, la cadena perdurable de sus apariciones. Por eso, al final de este volumen incluimos una nota editorial que explica, de mano del propio autor, la historia de los libros donde han aparecido algunos de estos poemas, sólido contrapeso a nuestra organización y selección de los versos que dan título a las diferentes secciones de este volumen.

En la confianza de que su generosidad sabrá perdonar tamaña intromisión,

MF,
DMP,
JLR,

¡Salud, Adolfo!

Plegaria del jardinero
(domingo)

Cultivar un jardín heredado
No sembrar ningún árbol
—regar y podar el ya sembrado
No escribir libros: leerlos
Escribir para *pulir* la lectura
No tener hijos: alimentar
y educar ajenos
Que otros funden: yo prefiero restaurar
Ahí estaré cuando otros engendren
Cuidando lo engendrado
La muerte será de otro modo   generosa

Al rayo del sol, al filo del eclipse

La otra mano del tañedor

Uno a uno
todos caemos.
Nuestra campana se une al clamor.
¿No oyes a lo lejos un torrente?
Uno por uno
abrimos la boca por última vez
—tomamos un poco de tierra
en todos los idiomas:
one by one
they all go into the dark.
Saltamos sin saber cómo:
el suelo se hunde bajo nuestros pies.
Pero nos apellida nuestro nombre.
Las cosas cambian de lugar.
Las voces se diluyen en el torrente,
oye su clamor.
Nos precipitamos uno por uno hacia la luz,
en medio del incendio
que va abriéndose paso desde el corazón.
Hoy estamos aquí,
Mañana quién sabe si en el claro del bosque.
Se puede trasponer el umbral de cualquier modo:
cada paso que damos nos adentra en la humillación.
Ésta es la modestia que imponen los años.

Atravesamos la puerta estrecha,
dibujada en la piedra;
paladeamos la moneda
de cobre con la lengua yerta
y, cuando llega el momento,
todos nos sabemos embarcar hacia las playas silenciosas.
Vamos hacia allá
sin saber de memoria la confesión,
sin conocer siquiera el nombre del guardián
          en el umbral.
Así cada quien recibe su apellido
embalsamado en el fuego.
Nos hacemos polvo en la fragua de nuestro nombre,
el nombre, a su vez, ceniza en la gratitud.
Gratitud por el sol que nos aplasta,
por las espinas en el corazón,
por la tierra que derrumba nuestro paso,
por este silencio
donde las palabras yerguen sus raíces
como objetos en un cuarto oscuro.

Aullamos —al cielo llega una canción.
La danza dibuja nuestro eclipse.
Pedimos ayuda sin saber
que damos gracias por el peligro.

Uno a uno
amenazados por el pájaro negro
de la angustia que picotea el corazón:
deseosos de arrojarnos a la lumbre
o con la tristeza como una soga
alrededor del cuello,
aguardamos inciertos
cuándo caeremos del árbol sediento.

Y así cada uno va
por el socavón
arañando la tierra con las manos
hasta tocar su campana.
Sólo se oye el tañido del cuerpo una vez
—otro golpe en la pared de la caverna.
(No te acerques: sólo quiero que sepas que estoy ahí.
Te miro en silencio,
desde la otra orilla del papel,
para oír tu aliento de sombra
que cava un túnel para su sombra.
No temas: no me voy a acercar; sólo quiero saber que
estás ahí.)
Uno por uno nos fueron diciendo:
Mira, hijo, aprende a vivir con el incendio
en las entrañas.
Aprende que no hay mayor humillación
que no poder ser humillado.

Nos fueron poniendo con el pecho sobre la tierra,
la tierra en el corazón,
la boca sobre la tierra,
y aprendiendo a decir gracias
en el altar del llano,
en el vasto templo de la intemperie.
Gracias por estas montañas de hielo,
gracias por los grillos que iluminan el silencio como
estrellas.
Por la luz que nos envuelve como una lágrima.
Por las estrellas sin alcanzar.
Cuando mi luz llega,
ya estoy muerto.
Cuando te veo parpadear,
sé que hace mucho que cerraste los ojos.

Cuando pienso lo que siento, ya no lo siento;
cuando hago lo que pienso, ya no lo creo.
Y ahora mismo estas vainas
fueron palabras
y son caracoles vacíos,
fuegos fatuos que se lleva tu distracción.

¿Te das cuenta?

Sólo están presentes los que están muertos,
hablan nada más los que van entrando a tu corazón
uno por uno
a medida que bajan a la sangre,
según los tumba la tierra.

Su aliento perdura en cuanto dejan de respirar,
un torrente,
su voz resuena una campanada incesante.

A la intemperie

A la intemperie, a la intemperie
En el aire abierto
Bajo los cielos sin nubes
Al rayo del sol
Al filo del eclipse
Contra el viento
que aúlla como un animal
Contra el látigo sucio de las lluvias
Sobre la seda transparente de la brisa:
Al filo de la roca que se desmorona
en las aguas del sueño
Al aire libre
En la altura descubierta
Sobre las llanuras desconcertantes
Más allá de las techumbres
Y de los árboles
Más allá de los ríos humanos
y de los bosques de letras
En el eje ubicuo del silencio
cierro los ojos
Busco en mi interior el horizonte

Las tres historias de un nombre

Una taciturna calle mexicana,
un fraile políglota,
una ciudad de Flandes fincada entre dos ríos.
Una palabra tres veces real: Gante.

El hermano Pedro, franciscano,
salió de aquella ciudad todavía joven,
curó durante cincuenta años
las voces de los mexicanos
enmudecidas por la espada,
y les enseñó a decir
"Padre nuestro"
en aquella lengua de sacrificios, silbidos y susurros.

La noble ciudad de las tres torres
—San Bavino, San Nicolás y San Miguel—
vio nacer, en un palacio de ladrillo rojo,
y, según tradiciones oscuras como el agua de un canal,
mientras sus padres estaban ausentes,
a Carlos I o V, como gustemos llamar
al único emperador del Viejo y del Nuevo Mundo,
al virtuoso autor del Saco de Roma.

La breve calle de la ciudad mexicana
parece más ancha que larga,
tal vez porque, reservada a los peatones,
se permite el lujo de un bronce esbelto y risueño
con la figura del educador.
Tal vez porque la ensancha en la memoria
la imagen de mi padre.
Ahí alquilaban el cuarto piso del número 15,
y dictaba oficios litigantes,
vigilado por los perrunos magistrados de Daumier.

Gante, tres veces real,
no es una ciudad ni el nombre de una calle
bautizada así en honor del amigo de los indios.
Gante es un canal de cinco letras
que une las mitades del corazón.
Gante es un espejo de agua
donde un niño se mira
después de morir y antes de nacer.

Real como una ciudad
como una calle,
como un hombre.

¿Tengo edad suficiente para
saber qué hago aquí?
No sé si lo sé.
A esta edad, ya sólo eres
como el hermano mayor de tus hijos.
El hombre dio su medida,
y lo llaman “maestro” con una voz untuosa,
premonitoria de jubilaciones.
Un puñado de seres queridos
—vivos, muertos, siempre imaginados—
conversa entre sí bajo la piel.
Cree uno a veces que se empieza
a comprender la historia.
Que todo es demasiado claro.
Duelen los ojos de tanta transparencia,
y la piel parece oxidarse
al contacto con la intemperie.
Todo, nítido. Aun en medio del ruido.
Entre las explosiones de la ciudad y la guerra,
cada sonido tañe una campanada distinta,
cada campana una nota.
Cuestión de saber apreciar las artes del carrillonero.
No puede haber confusión.
Ahí está, siempre en el fondo del oído,

la mente se pierde en el laberinto del cuerpo,
una avispa apresa cada sonido
en envolturas de celofán transparente.

Todo, exacto.
Duelen los oídos de tanta exactitud.
Se oyen voces
pero se van mezclando con ecos.
(¿Quién iba a saber
que su voz
—"...no me deje sola entre los lobos." —
cortaría incesante el aire
inventando una Gloria continua?)
Podría decir lo mismo de los sabores.
No es de ahora este gusto a tierra fresca.
Este asiduo sabor a sal de mar.
Me saben pero no los sé.

Los oigo. No sé si me oyen.
Si me ven pero los veo.
No sé cómo deletrea mis pasos
la luz cuando camino.
Es cuestión de que la suerte tenga suerte,
sepa jugar con nosotros.
Basta recordar ciertas reglas elementales.
Por ejemplo, aquella de saber perdonar
la ignorancia de nuestros propios actos.

O la otra que nos advierte:
no pasará un día sin que no seas expulsado del paraíso,
ni una noche sin resurrección.
Ni siquiera son reglas.
¿Para qué postular una geometría inalcanzable?

Necias ecuaciones de rostro duro y cabeza vacía.
O fórmulas para la cara boba de una mente confusa
como ésta que huye del espejo
desencuadernando sus diccionarios
con el gaseoso pretexto de la sabiduría.

Me dicen que el tiempo pasa.
Pasar es una forma de no decir nosotros
¿De no decir relojes de polvo,
espejos de sangre, colores que reflejan
esa otra luz que nos devora?
Tiempo es una manera de decir la Forma
en que las cosas regresan y regresarán.
Porque esta voz que te llama ahora,
desde este lado de la letra,
ya te invocó otras veces y acudiste a su llamado.
¿Cuántas otras? No es esa exactitud la que me duele.
Llega una edad en que se pierde la memoria,
y el recuerdo del recuerdo del recuerdo
se enturbia como la luz en las hojas del vidrio.
Quedan entre las manos

pedazos translúcidos de roca
que guardan en su interior
un dibujo de la voz que ya otras veces,
una sombra de la letra que arde en la noche
y nos congrega.

Montañas

para Basia Batorska

I

Montañas: ¡fósiles del tiempo!
Altivos riscos arrecifes
una y otra vez han visto desaparecer
el mar:
Corazón mineral
el cuerpo latente de la tierra
Ahí la montaña: ¿sienten algo sus
paredes de basalto?
Una montaña es un templo
El viento santifica edades en su altar

II

Desde remotas costas
vienen ciclones a nublar los cielos
La montaña se esconde tras las nubes
regimientos de niebla por los valles avanzan
El aire sopla los sembradíos
Un río invisible corre entre las hojas verdes

Asciende la quietud y son humedad
Un caballo relincha solitario —desnuda al cielo
Ladra un perro y se abre
—una montaña con voz de eco
Pájaros voceríos algarabía
A pesar de la niebla
advierto la figura distante de una
inmensa profecía montaraz
Es hora de respirar y de que crezcan en mí las raíces
del aire
Hora de bañar los ojos abiertos a la luz de la aurora
y del crepúsculo
El cuerpo sabe que es domingo
ayer salió al campo y se postró
era un animal herido
en el santuario del monte

De la corriente taciturna llave

¿Y si nadie es dueño
de su rostro:
qué reino inasible
nos consume en sueños?
Porque no siempre está
en tus ojos tu mirada.
Tu cuerpo de piedra
no siempre estrella
el torrente caudaloso
y a veces flota su tronco
en los estanques del día.
Van, vienen, duermen,
se reaniman.
Es la corte innumerable
de sosias;
entra y sale de ti
sin ti,
sin alcanzar aquella
invicta esmeralda
o la patria silenciosa
de la corriente taciturna llave,
la línea ondulante de la sed
con que el hombre da muerte a su deseo.

¿Y si la meta, camino
que nos consume en sueños,
fue el reino inasible,
el eco en la sombra de otros pasos?

Frente y vuelta del jardín

I.

Atrás del silencio el jardín
¿Los árboles se incendian?
No: el viento
                                        estremece frondas

El gorrión canta parda tórtola crotora
la sosegada algarabía de las aves
gotea sus colores en silencio
a lo lejos no es el mar
                          el clamor de la ciudad

Despierta el jardín bajo las nubes
¿Navego a la deriva
mundos desde esta balsa?
No: soy más bien un árbol
Siempre he estado aquí
Mi tamaño es un secreto
Me confundo con la casa
la sostengo entre mis ramas
Soy invisible   el sol me alimenta
imperceptible alimento la tierra

Ignoro mi verdadero
                                                            rostro
Árbol noble madera artesonable
Ignoro si soy el mejor carpintero para ella

II.

Tras el silencio jardín
¿Incendian árboles?
Enciende el viento las frondas
Canta gorrión
Tórtola algarabía
Sosegada crotora
Gotea coloraves
Al lejos   no es el mar
                                            clamor de la ciudad
Despierta en silencio el jardín
duerme la nube
¿Quién navega a la deriva
mudo desde esta balsa?
(Se llama Yo pero le dicen Tú)

Sé:
“Soy un árbol Siempre he estado aquí
en realidad no me doy cuenta de mi tamaño”

No es un secreto
se confunde con la casa
(A lo lejos el clamor de la ciudad)
la sostengo entre mis canas
(...no es el mar)
Soy invisible tras un silencio otro jardín
Alimenta el sol mi algarabía
y a la tierra: yo
¿Mi nombre? Lo ignoro
¿Árbol?
¿Rostro en el clamor?
¿Noble madero artesonable
¿Quién eres tú? ¿El lector? ¿El carpintero?

Declinación de una analogía

Como el marino se aferra al hierro de que está hecho
el puente
Como el jinete que acaricia el flanco del caballo que lo
trajo a casa
o el halcón que picotea las entrañas de la presa
Como la aguja presurosa
pero exacta del cronómetro
Como el bailarín que se arrodilla
ante el fuego antes de dar el
gran último salto
Como la mano del arquero ante el blanco
se mantiene firme y apretada
Como la lengua suavísima del
cachorro que limpia la
última gota de la ubre nodriza
Como la cuerda despedazada
por la tormenta en la noche más alta
Como el incienso que va imantando
una serpiente bailarina al consumirse
Como la tortuga que palpa a ciegas
su caparazón
Como la brisa que se mueve entre
los sargazos tramando figuras en el vacío

Como el cristal opaco que se va desmoronando
en la voz
Como el ave jubilosa que brinca al trasluz de los años
Como los espejos vacíos de lluvia
Como los abanicos henchidos por el sándalo
Como las calles adoquinadas por el silencio de la plata
Como el agua que corre
sin buscar bautizo ni extremaunción
Como el águila transfigurada en regalo del espacio
Como la cifra que cambia de número
sin olvidar su letra
Alta, inaccesible,
intacta y fugaz experiencia:
elevada una y otra vez sobre el tiempo como un acorde
atraviesa todos los instrumentos.
Desgarrada por el martillo de la palabra no-dicha,
nunca dicha sobre el yunque de piedra!

¿Vacas o fantasmas? Papas o duendes. Uno en medio. Nombres, las personas: nombres. ¿Vacas o fantasmas? A veces voces dentro de mí heridas. Acariciaba algunas. A eso le llamaba amor y, si aquella voz me llamaba, felicidad: Ésa era la aguja en el pajar. Casi siempre, sólo un clamor, ruido de motores, bocinas. En el espejo una máscara se iba haciendo gris o transparente. Rasurarse y peinarse, acicalarse un poco sólo para tener valor de mirarla. Los recuerdos pasaban de vez en cuando como aves, a veces en grupo, a veces solitarias. Pasaban, pastaban ¿irían siempre al mismo lugar?, ¿o bien simplemente daban vueltas en círculo? Se esfumaban cuando trataba de detenerlas. Detenerlas, detenerme, esa era mi fantasía. Nadie sabía estarse quieto. Ni siquiera el pescador al acecho. Ni siquiera yo. Quieto como un pasajero aferrado a su sitio en un tren en marcha. Con la ilusión de no moverse aunque estuviese incrustado en un barco a la deriva. ¿No era esa la tarea?

El maestro interior vigilaba en silencio las lecciones. ¿Qué diferencia habría entre su ausencia y su vigilancia? ¿La forma de su silencio? El sol era uno de sus ojos, la luna, otro. El cielo: su leche derramada. Pero la tarea, ¿cuál? La calificación sólo se sabría en el examen final. Aunque no. A cada momento uno sabría. Era eso. El saber de uno. Ahí estaba, había que arrancarlo de la roca interior, ablandar-

la, golpearla, que saliera un poco de polvo para repartir entre los demás. Pero ¿y uno? Ese polvo, ese polen ¿cómo dárselo? Sí, Sé, era él, uno, así se llamaba el que venía vestido con tu ropa y tenía tu voz y temblaba con tu pierna. Sé: uno. O tan parecido a otro que ahora se instalaba junto con su caña de pensar y como tú deja que el anzuelo corra mar adentro ¿Habría hilo suficiente? Pero ese no es el problema de uno. La cuestión es regresar, volver, regresar sin ser oído y quedarse. ¿Vaca? ¿Fantasma? O casi. Casi inmóvil. Acercándose al zumbido, al rumor profundo, casi inaudito, del Maestro que repite adentro su lección silenciosa. El oleaje sube, el tiempo se acaba. Las voces se alejan pero unas cuantas —¿una?, ¿dos?, ¿tres?— zumban, mugen en el interior. Crujen como cuerdas de una embarcación a las que uno mismo está atado. ¿Los nudos forman parte de la tarea? ¿Hay que desatarlos todos o sólo algunos? ¿Y cuándo se sabe que ya están desatados? Una barca no deja de ser barca por el hecho de alejarse, no deja de existir por el hecho de que no se ve. ¿O sí?

¿Qué piensa el maestro del avestruz? ¿No había antes que observarlo, comprenderlo?

Estoy aquí y, ¿les parece increíble?, creo que siempre he estado aquí. Aquí con uno. El de ayer también. Aquí y ¿mañana? Las voces se van secando como cangrejos yertos sobre la roca. Esta pared de farallón que se escala con la palabra ¿baja?, ¿sube?, ¿está siquiera en el camino? No sé adónde voy porque ni siquiera sé si me muevo. Quieto en

el asiento de un tren desbocado o en un trono de roca ante el mar mientras el planeta divaga por el espacio como una pluma sobre el agua. Dicen que uno conoce su nombre. Pero ¿cómo se llama el que conoce mientras sube la marea?

Durante la primera mitad de su vida, la hembra del coelurosario —iguana gigante de cola hueca— se reproduce furiosamente y llega a tener hasta veinte veces camadas de crías que a su vez, al llegar, a la madurez, se entrega a la reproducción con igual furia que sus progenitores, cuando ya no pueden reproducirse, ni tienen que velar por la sobrevivencia de sus crías, pasan las horas y los días emitiendo un monótono canto de celebración de sus descendientes y de los descendientes de sus descendientes... En ciertas fechas del año, las viejas iguanas de cola hueca se reúnen para entonar una especie de canto colectivo que suena a lo lejos como el ruido de una tempestad marina.

La belleza es lo esencial

Declaración del mareógrafo

De nuevo a vosotras,
entrevistas en el agua del sueño,
atravesando calles entre los bancos de bacalao
—el bacalao nunca llega—
descansan sobre la sal,
caminando sobre banquetas tejidas de estrellas,
La sirena del tren hacia   Cascais.
Las negras llevando en cubos
la pesca del día, peces como flores
con ojos abiertos el
            estupor
Hacia vosotras   Hijas de la Espuma:
los sueños innatos nonatos
del hijo sin hijos,
el cristal estremecido por las vías
                                        paralelas todavía
Hacia vosotras la voz de mi corazón
que pide más azul al mar,
aguas serenas para el navío nocturno.
                        un camino de destellos.
Torre de Belen de azúcar
                                    Boca espumosa del infierno
            Plaza do Rosio
                                    Mar del infierno

Quai de Sodré
Balcones de Alfajama

De nuevo a vosotras:
Hijas de la espuma
atravesando   espesa niebla sobre el mar

que hace de mis días
una densa noche blanca,
Gracias por haberme llamado
nuevamente hacia vosotras.
        Gratitud para las madres del aire y del agua,
de la espuma y de la niebla.
Este es mi cuerpo disperso,
ésta mi carne sargazo:
La voz de la sal
que llega al telar de piedra
        para ser de nuevo tejida,
otra vez letras armando sus vitrinas
la sangre haciéndose cristal,
miel y bálsamo en vena
amortajada la pluma en mente
tantas veces soñar este misterio,
paladear en vuestro nombre
la presencia de la espuma,
la tenaz ebullición oleaje
en los arrecifes del cráneo.

Y ahora aquí, colmado,
no vengo a pedir
más que un poco de azar para la suerte
en el nido para ellas que tejen
su nudo en el arco de la gruta,
su nido en las grietas ocultas de la roca garganta
para los dioses destierro,
marea para el mar
y otro viático: hijas de la espuma
para volver aquí
                                        como a una
                                        casa *cascando*
                                                    en Cascais.

Cae la niebla sobre los acantilados
y los borra y los ablanda
Una sirena invisible la desgarra
con sostenido mugido solitario.
Los pescadores dan cuerda a su silencio anzuelo
y miden las horas por carnadas,
los días pescados.
Allá, en la bruma,
anda dando tumbos la marea
y el agua se golpea del arrecife y resaca,
el agua canto acantilado
mientras Caronte de regreso

—otra ola— deja ir su barca
hacia el océano.

Vienen perdidos, indistintos,
entre bruma y espuma,
los hijos de los hijos,
oigo sus voces de futuro,
nacen del aire
o del aleteo de una
                                        ola
que rompe el agua con grito de
                                        gaviota
No es el color del mar
sino el cielo
No es el tren monótono del agua
                                        la mansa cascada de los sueños
aurora gris
                          metal crepúscula
la ola gaviota alza el vuelo
cae sobre sí misma,
con su pico abierto cae

pesca la palabra
La marea sube
en la gruta las nupcias
                                        se preparan

la ninfa encinta se retira
tímida fátima
sobrevuela Guadalupe risueña su milagro
mientras el mar la llama
                                        dentro,
lucía un grito triunfal entre la niebla,
es la voz presentida del que viene
es ya como un faro que se oye
un destello acústico
            que hiere el mar metal,
sube la marea hasta los ojos
baja la niebla preñada
            de gaviota algarabía,
tijeras al vuelo su danza
una tras ola
y otra voz emerge la espuma
viene indistinta aunque
nueva certeza grito
tiembla leve al salir del agua

Cielos de Antigua
(Fragmentos)

Lindas entoldadas por los
cobres luminosos
de los cúmulos espesos y los
cirrus vaporosos.
Efrén Rebolledo, "Guatemala".

XVI
Somos, bajo las nubes,
Subetéreos,
minúsculos moluscos
en el fondo del aire.

XVIII
—Dónde, diga, termina el Cielo?
—Aunque usted no lo crea,
empieza, recuerde,
donde acaba la Tierra.

XXV
Nubes negras en cielos oscuros,
danzas atlántidas, atmósferas
navegan veloces continentes,
la tierra gira bajos los pies

Posan las nubes,
se pasean opulentas familias de algodón,
giran de sol en luna,
ronda el astro
con su impávido monóculo platino,
efímeras esculturas para una exhibición constante.

Blancas montañas al aire
de La Antigua.
Pastoras de la añeja Guatemala,
olorosa a Café, maderamen del aroma
en negro aceite.

Ciudad del maya y de Bernal,
¡Cuánto se parecen tus nubes
a las casas de anchos patios
airosas como graves ruinas volátiles!

XXVI
Atardece,
las nubes se trenzan
hilos de azul en la espumosa cabellera
(Hablan violeta en luz baja).

XXVII
El volcán respira volutas monumentales
Nubes todavía,

del aire gaseosa arquitectura,
precariamente prendidas en los tejidos de la lluvia.

Antigua Guatemala, 1996

Aires de cocina

Unas gotas de agua
un grano de arroz
un ascua de su tamaño
un grano de sal
un grano de soya en germen
una flor de cinco pétalos
una gota de leche
y un rayo de sol

Se muelen los granos
Se juntan las gotas
Se hace una pasta
y con ella diez rollos
que se envuelven en los pétalos
y se amarran con el sol

Cada rollo un dedo
Cada dedo un año
Cada año Pascua
A coro la Pasión
Se muelen los granos
Se juntan las gotas
Se envuelven en rayos de sol
Al gusto se espolvorean

risas de niños traviesos
Se sirve al minuto
y se come con todo y plato

Miércoles, polvo, ceniza, llanto de lluvia, mansa llovizna para borrar las huellas, olores de tierra húmeda; eucalipto en el aire reanuda la armonía, todo en su sitio suspenso, brisas que despeinan las nubes violentas de la noche urbana. Vista desde lo alto, la ciudad como una laguna de fosforescencias. La armonía acecha en esta caja de resonancia.

El día del poder: miércoles, el faro desde el cual se domina toda la semana; el amarillo y el mercurial es, de los siete, el día que pasa más rápido, pero también el preferido de las siestas y del comercio. Hoy al volver a casa los hombres encuentran dinero tirado en los caminos y beben para celebrar la mayoría de edad de la semana, las madres novísimas salen presurosas de casa después de dar el pecho, se hacen colas en las lavanderías y es cuando más llenas están las escuelas de idiomas.

Jueves. El día más hermoso del año trae reflexión y fugacidad. Dintel de los siete días. La limpieza de la casa debe ser hecha durante su curso para que llegue el Sabat con todo preparado. Será pues la hora en que suene el despertador de la verdad. Hay en su escoba un adelanto del otoño. Los frutos preparan su madurez de verano tardío. Fuertes y robustos, los jueves de la vida forman un robledal de altos troncos meditabundos perlados de lluvia, y a

ese bosque regresamos todas las semanas para refrescar nuestra promesa.

En el curso de estas horas bajamos de grada en grada, a veces iluminados por una robusta antorcha, a veces perdidos en el humo que nos envuelve cuando ella se apaga. Todo se nos va en preparativos. Así como al fin lo definen los medios, el jueves absuelve nuestro sábado o, al menos, lo va alzando hacia la luz. Es sin duda la jornada más larga, como son más largos los cuerpos impacientes que se estiran hacia la salida. Nuestros defectos se despiden en jueves interminablemente con el adiós confianzudo del que no se va o se va sólo si nos arrastra a la calle. El espejo, de tanto mirarse en jueves, tórnase una prenda más y nuestro rostro: otra mancha de salitre sobre el muro.

Viernes. Cada mes monta cuatro veces sus jinetes en estos caballos diarios que giran interminablemente hacia el fin, que cambian como los días de nombre a medida que gira la semana y rueda el tiovivo hacia la revelación. El Sabat empieza desde este mediodía, por la mañana, a pesar de su agitación, siempre tiene algo de frescura, la promesa inicial de que con la tarde se aflojarán corbatas; agujetas, cinturones y lazos, de que las mangas se replegarán para dejar libre el brazo camarada y las monedas se agitarán en los bolsillos llevando a los hombres hacia el comercio presagiado. Entre la prisa y la letargia. Las calles se ennoblecen por las miradas que pasean en ellas y aun el por-

diosero entra por las puertas azules del viernes hacia otra soledad, mientras todos los demás salen en autobuses, en trenes, en aviones hacia el cabo campestre de la semana. Todo el mundo quiere andar en la bicicleta del viernes a la velocidad inmóvil, mínima, que impone la paz vacacional de los siete días. En las trincheras burocráticas, hacen guardia los que se han conjurado para que no pasen los ejércitos del ocio por esas puertas abiertas de par en par.

Llegan a casa los padres achispados con un pollo caliente entre las manos para esos hijos que se aburren de haber ido al cine como los vecinos. Por todas partes se abren grifos y la ciudad queda invadida por el olor de fiesta. Por la mañana, en los bancos algunos adoptan billetes que nunca podrán pagar. Las mujeres abandonadas —damas rotas de corazón roto— van a las tiendas a comprarse zapatos y, al probárselos, se miran en el charol con aire absorto y desolado. Los enfermos de letras se meten a una olla con sus libros y hierven sus ojos a fuego manso, mientras la envidia se dirige al aeropuerto a esperar a los amigos de otros para alimentar en su rescoldo la incierta alegría de que nadie vuelva por ellos. Los dibujantes se frotan las manos porque las líneas están vacías y en cambio los pintores, resignados, chupan su paleta con la mirada, seguros de que ese día la gente se mete en la luz y miscelánea todos los colores. Salen a la calle los músicos pintarrajeados, las sonatas se esconden en sus notas. Los viejos amantes ensayan citas fraternas y salen a irradiar lealtad al mundo.

Algunos mueren durante este día y caen como una sonrisa de terciopelo enlutecido.

Sábado. Cómo tarda en llegar la paz de tu shalom, pero regresas sobre las aguas. Eres el día en que las mujeres salen con su canasta llena de ropa hacia los lavaderos para enjuagar en el río de su palabra cantarina la ropa sucia de la ciudad. Resucitan en tu matiné todas las mañanas. Y todas, hasta las picadas por la tarántula de la puntualidad, vienen a ungir como novias la paz que se inicia desde el ritual vespertino del viernes. Florecen los mercados, llegan a ellos las hembras con la fronda húmeda de sus cabelleras; mecen su andar frutal en sandalias. Abren sus puertas los zoológicos, por unas horas, escapan las bestias cautivas en las jaulas de la semana. Sábado sube como un globo en el cielo hasta perderse en el azul donde se han disuelto todos los demás sábados desde aquel lejano en que Ulises disfrazado de mendigo armó el arco y declaró su retorno a la Ítaca prevista hasta aquel otro en que Salambó desposó a la luna, sin olvidar ninguno de aquellos en que el delfín inesperado estremeció el corazón.

Encallados en los bancos de hielo de las pescaderías, los cazones, las sierras, los pámpanos, las merluzas abren sus agallas escarmentadas para nuestro asombro esdrújulo. La espumosa cebada de los sábados baña las almejas y su valva y bajo esa nieve crece la semilla de la amistad. Por las tardes, en parejas, van los sába-

dos a visitar a sus meses enfermos. Los despiden desde las puertas hospitalarias cuando ya tienen en las narices, como escafandra, las sondas que les permitirán salir a flote en la otra orilla con la perla de la experiencia perpetua entre los dientes muertos, ¡tu óbolo, Aqueronte! Y ese día bajarán hacia lo oscuro, caerán como cae la fruta del árbol de la sangre, la quebrada rama dorada de los huesos. Día del baño y noche del banquete de las novias que se disputan al hombre en cada extremo de la vida. Ya su luna silenciosa se prepara para despertar endomingada, ya se acuesta primitiva en la cama abstinente del ayuno.

A la luz transfigurada

La luz del día se columpiaba entre las copas de los árboles con la despreocupada exactitud de un equilibrista y, al resbalar por entre las hojas, producía una enredadera de fuego. Los árboles la saludaban, oscilaban a su paso, se inclinaban y parecían respirar al tiempo que hacían una graciosa reverencia a la luz que juzgaba a la espesura y discernía silenciosamente el incendio para acechar las sombras, se filtraba líquida por entre los follajes y, en algunas zonas, condensaba una bruma fulgurante que bañaba los arbustos y los contagiaba de su misma impalpable, dorada consistencia. También el aire se condensaba, su sabrosa humedad redondeaba un fruto intangible pero con aroma y al que se podía morder, cuyos jugos aéreos podían llenar de inocencia a cualquiera que los bebiese, inmateriales y transparentes, y cuyas semillas, envueltas en los cristales del rocío, prometían el despertar y la resurrección. No andaba lejos la infancia del día. La hora más frágil de la luz acababa de pasar y ahí estaba, intacta e invulnerada, la misteriosa mañana de todos los días. Los pájaros cortaban el aire sin volar y el manso relámpago de sus voces se enredaba en el árbol del silencio y lo hacía parecer más poderoso.

Tres paseos

I

El parque, sus largas avenidas llenas de verde, llenas de sombra —delicia. Pájaros chillones, insectos que zumban, cascabeles. Huele a húmedo. Sendas que se quiebran y resuelven en estanques: peces rojos y verdes, grandes peces negros de labios amoratados y abundantes giran perezosamente, rara vez cambian de rumbo. Todos los caminos parecen conducir a rincones de sombra. El enramado filtra difícilmente la luz y una capa de claridad y oscuridades se cierne sobre terreno húmedo vegetal. Surge un soldado griego de bragas y calzas, aparecen sacerdotes barbados a la ortodoxa, a quienes los niños miden para luego volver a caer en la grave meditación de su propia infancia. Una paloma me visita, sus plumas grises y ojos rojos me dan vueltas mientras, absorta, picotea en vano el suelo. Extraña paz la de este jardín sombrío en medio de la tierra yerma, rodeado de pavimentos y polvaredas y, más allá, de montes áridos y encrespados. Con seguridad la mujer y las hijas del señor no conocían, bajo el follaje y el mármol, la mordedura del sol, la franja deslumbrante que se anticipa al horizonte.

Me vuelve un recuerdo: la huella impalpable que deja sobre la húmeda piedra el pie desnudo de una mujer.

II

Camino por las calles del mercado de pulgas. Calles estrechas, sobrevivientes de una ciudad que la Atenas de hoy envuelve e ignora. Encuentro una capilla bizantina no más grande que una casa. Adentro oficia el sacerdoto ortodoxo con su gran barba blanca; canta, iluminado en la oscuridad por la luz de los cirios. En un rincón, una mujer vestida de negro reza y deja oír un susurro, un zumbido grave. Todo a oscuras a mi derecha, veo el rostro amarillento del sacerdote que canta y, terminado el oficio, cuenta las monedas de la limosna. Oigo la voz de la beata y el tintineo de la morralla. Distingo en la oscuridad cuadros e imágenes sagradas que penden de los muros. No se trata de pinturas. Combates, representaciones de milagros y escenas del evangelio trabajados en oro o en plata, dejan colgar cintas de colores y muestran huecos en el lugar de los rostros: por ahí asoman las diminutas caras iluminadas. Recuerdo los escudos y máscaras griegos, su alto lujo venido no del material sino de los gestos ahí labrados: los materiales, oro, hierro o bronce, vueltos objeto y acto. Huele a cera derretida y a incienso. A lo lejos, iluminado por cirios, San Jorge vence y surge repujado.

III

Viajando, recobramos nuestra propia experiencia y cada edificio, cada ser humano, cada calle que se quiebra y se pierde en la obscuridad parecen devolvernos otras tantas inocencias y otras tantas miradas gozosamente heridas por el estupor. Pero son pocos los que no conocen la fatiga y los días en que avenidas y plazas se sumergen de nuevo en el tráfago. Luz sucia, frontones y muros manchados de grasa que nos llevan a buscar la recámara, el balcón (*"ô serments, ô parfums, ô baisers infinis"*) desde el que se domina un edificio cuya demolición ha sido abandonada. Habitamos, recorremos estas ciudades —variaciones todas de un mismo horror—, tan pronto ocultándonos de un doble que nos roza sin reconocernos, tan pronto siguiendo a tientas los rastros de un signo. Llegamos y la ceremonia ha terminado, los asistentes se dispersan por entre las arcadas. Preguntamos a uno de esos hombres dónde tendrá lugar nuevamente la vida. Y él nos hace un gesto vago, farfulla palabras indiferentes. Vamos entonces a la orilla del río donde las mujeres pasean a sus hijos y hombres con calcetines raídos leen el periódico; las voces comienzan a apagarse, la sombra de las bóvedas se desprende, borra contornos, cae como una marea sobre los rostros y formas.

El ángel de la palmera

> Él ha puesto un desierto en el espíritu de ella.
> Allí florecen sus pensamientos.
>
> Elías Canetti

El ángel llegó en forma de una virgen morena y se acercó al hombre de piel maltratada por el desierto y sus ojos en los que todavía brillaba el sudor de su primer caballo. Era una virgen delgada y altiva. en una mitad de su cara brillaba el sol; en la otra resplandecía la luna; sus manos eran más maduras que ella y en su voz tañía una campana, resonaba como una queja el eco profundo de un cuerno de cacería, el rumor de un río y el coro de gloria en las nubes cuando las ilumina por detrás el sol.

¿Quién eres? —Soy tu Anunciación, respondió. Por mí conocerás el sabor del presente. Y, diciendo esto, tomó la boca del hombre con las dos manos, como si fuese a beber agua de una ánfora demasiado estrecha, y le dio un largo beso por el cual pasaron muchas primaveras y muchos inviernos, profundo como un abismo y hospitalario y puro como la noche estrellada.

"¿Por qué me has besado?", le preguntó él con la voz rota de Lázaro El Resucitado y mirando al ángel a los ojos. La virgen

se sonrojó y apartó la vista: “No me mires así, no tienes derecho a mirarme por dentro. Tú no conoces los dolores de un ángel ni el veneno que los petrifica. Tu mirada me recuerda el sol de la aurora. Te besé porque soy tu Anunciación y debo enseñarte a conocer el sabor del presente. Lo que no te dije es que he venido a aprender también algo de ti. ¿Dime qué sabes de los espejos? ¿Qué sabes del pasado?” Él la volvió a mirar a los ojos y, en un parpadeo pasó la aurora, el eclipse y el crepúsculo, los árboles dieron fruto, las rosas florecieron y se secaron muchas veces; las serpientes cambiaron de piel, y las heladas laderas del volcán se deshielaron y volvieron a enfriar, y los ríos crecieron y se secaron. En los ojos de ella afloró un par de lágrimas que él hubiese deseado engastar en un anillo. Ella suspiró, el ángel se alejó de su rostro, y recobró por un momento el semblante grave de una niña que contempla las formas del fuego. Dijo, arrancándose cada palabra del pecho como si fuese una espina: “Yo era una muchacha de la aldea. Cierto día oí en el bosque el canto de un ave misteriosa que desde entonces no pude olvidar. En las madrugadas, cuando la noche todavía cubre con su manto purísimo el mundo y el día aún duerme en el seno de las sombras como un hijo en el regazo de su madre, el recuerdo de esa canción me despertaba y, luego, mientras tejía con las demás muchachas abrigos para el invierno, la voz del ave me distraía y me llevaba muy lejos, a una caverna luminosa, oculta detrás de una cascada y me hacía equivocarme y mis hermanas se reían de mí y me de-

cían que nunca me casaría porque siempre estaría perdida, desvariando. Le pedí la cielo que me hiciera conocer el misterio del ave y me transformó y me hizo llegar hasta aquí."

El hombre la oía con los ojos húmedos. La veía iluminada por un resplandor a veces azul, a veces verde, como las aguas marinas de aquel acantilado que solía entrever en sueños. La manera de hablar le recordaba a su madre, hacía mucho tiempo muerta, pero viva en su memoria como una huella recién impresa; la voz le traía a la mente los ecos del viento entre la fronda; el rostro le recordaba la figura majestuosa de la diosa Isis en el Templo; el cuello de ébano una de sus pulidas e intocables columnas, y la figura misma de la virgen le hacía pensar en la hija que nunca había tenido y le daban deseos de arrullarla y susurrarle canciones de cuna mientras ella dormía. él entendía por qué ella era su Anunciación —y estaba dispuesto, habitualmente tan circunspecto, a profanar templos y asesinar reyes con tal de tenerla cerca. Lo que no entendía era por qué ella había sido obligada por los dioses a venir hacia él. Al parecer, sólo sabía que la canción de un ave le había quitado el sueño. El ángel le dijo al hombre en voz baja: "Me tengo que ir". Esta vez apartó la mirada y ni siquiera dejó que él la tocara. La mente del hombre se quedó detenida para siempre en ese momento y, poco a poco, sintió crecer dentro de sí mismo la imagen del ángel moreno en su corazón como si fuese una hija que se desarrollara en su seno. El desierto a su alrede-

dor se transformó en un oasis sembrado de arbustos y palmeras, y lo miraba desde ahí, le hablaba mientras le ponía en un dedo uno de los dos anillos donde brillaba aquella lágrima. El hombre intentó entender qué decía, pero sólo oyó en la espesura la canción de un ave solitaria, y comprendió que la virgen morena había sido liberada de sus deberes de ángel y que en adelante, nada la distraería de su tejido.

Árbol Atlante

para Susana Wald y Ludwig Zeller

El Árbol del Tule, titánico ahuehuete, el sabino padre de todos los árboles de México tiene 2000 años de edad —los mismos que el cristianismo, de modo que ya podríamos empezar a decir: En la era del Tule, En el año del Ahuehuete.

El Viejo del Agua viste un tronco que es un bosque en sí mismo, una fronda que se ensancha selvática a raudales, una sombra que avanza y dibuja en el aire un palacio ameno y fresco.

Porque el árbol gigante en cuyas ramas podría descansar un pueblo, es un ser hospitalario, un añejo amigable atlante que abre los brazos a los niños y deja que aves y pájaros de toda algarabía y plumaje vengan a revolotear entre sus hojas.

Habría que sentarse ante él y contemplarlo, abismarse en la pirámide marina y vegetal de su perdurable presencia arborescente, adentrarse en el misterio inmemorial de su cascada, entender por qué más que una roca de jade evoca un río ancho y vertical, una caudalosa avenida ascendente, espesa y verde en cuyos pliegues amatista, un si es no es turquesa la vida se descifra a sí misma, estática y fluvial, como una cascada inmutable.

Una niña del pueblo —rauda voz ríspida—, te va mostrando, lamparita de baterías en mano, los diversos diseños que como jeroglíficos e inscripciones ostenta la corteza de esta columna del mundo llamada Ahuehuete o Viejo del Agua: sí, por ahí desfilan en un inescrutable calendario orgánico las cifras y runas de la historia civil y legendaria, cada uno de los animales del Arca de Noé, y los seres y dioses de la fábula conquistada. Y, si se mira bien, en alguna rugosidad de aquel enroscado pliegue, entre aquellas vetas arborescentes, verás inscrita la figura de tu ciudad, grabado tu rostro en el jeroglífico de una mancha, tu cuerpo en el coriáceo anagrama de una veta porque, en verdad, sólo, somos un trazo de corteza, una escena del maderamen sagrado que desde siempre se alza como un río esmeralda hacia el cielo.

Pero yo sé que el sabino de laberíntica edad difícilmente remontable no es a su vez más que un chico que juguetea a la sombra de las montañas envueltas en niebla. Sé que el árbol titánico y venerable sólo es un crío ante las piedras, lascas, granitos y canteras verdes y que el imponente tótem de follaje abismal es azul y verde y luminoso pero efímero como arcoíris que lanza flechas —por ejemplo estas letras— hacia lo Inabarcable.

Tarjeta postal

Los ojos heridos por el fuego y con la fiebre el nacimiento de una nueva memoria. Como cuando algo cae al agua, los objetos que me rodean desaparecen. Hoy es esta fiebre serena en nada parecida al delirio. Del mismo modo que nieva, yo encuentro el acontecimiento: dulce, constante, día y noche. (Secretamente escurre lo irreparable.) De día, logro atravesar las calles de bruma, luego, inmóvil como si temiera romper algo, paso las tardes frente al fuego contemplando formaciones incandescentes. No tardan las imágenes y su denso deseo: esta tarde un amigo era atacado por tres hombres rubios. Mientras uno de ellos estrellaba contra el suelo su cabeza, los otros esperaban. Al acercarme desenvainaron sus cuchillos y sin violencia, casi con arte, abrieron la garganta de mi amigo. He pasado mucho tiempo asombrado de encontrar belleza en todo esto.

ENTRENÓS

Dos grados al amanecer

Al amanecer dos jóvenes, escalan la montaña. En la cima, sentados sobre el suelo de piedra, espalda contra espalda, ululan como el viento, se mecen y cierran los ojos. Poco después, se tienden uno junto al otro, tocándose apenas la punta de los dedos. En ese momento, la montaña ya no puede disimular más, y un leve temblor sacude la tierra.

Luna de octubre

> Now I have tasted her sweet soul to the core
> All other depths are shallow.
> John Keats, *Endimion*

Aquella noche me había quedado dormido leyendo una estampa virreinal, la historia turbia de un capataz. Estaba solo y dormía profundamente. Durante varias horas me revolví a ciegas en un pozo insondable. A lo lejos oía voces, pero no alcanzaba a entender lo que decían. Las veleidosas luces de aquellas frases inconexas eran luciérnagas. De pronto, me desperté, algo se había movido fuera del sueño. Junto a mí, sonriente y plácida, se encontraba la luna. Me sonreía. Era una mujer blanquísima, un fruto fosforescente que flotaba en la noche como un barco iluminado. La toqué. No era una diosa muerta la fruta de medianoche que me sonreía serena y traviesa. De tanto mirarla correr entre las nubes, de tanto verla pensativa y perpleja se había hecho carne y se había acostado junto a mí. Con una mira bienhechora y divertida, me invitó a entrar en ella. Respiraba tranquila, pausada, con el mismo ritmo inalterable con que cruzaba la noche; sus manos tibias, ligeramente frías, acariciaban mi espalda, arañaban suavemente mi columna vertebral como rascando las cuerdas de un arpa que estaba en mí y yo ignoraba. Acompañándose con

esa música, me llevó hacia ella y empezó a cantar, tal vez a recitar, una melodía inmóvil que fluyó en mí como el agua mansa de un arroyo. Hacíamos el amor con los mismos ojos abiertos del amanecer, con el paso sin prisa del que camina alrededor de un lago en el alborozo de la aurora. En la blanda pasión de la luna, en el silencio cristalino de la alta medianoche, habían enmudecido los tambores de la sangre y sólo se oían crepitar en el viento las frondas ondulantes de nuestro abrazo. A lo lejos, desde un rincón de la carne, oí cantar a un gallo y creí despertar. Pero la luna dormía junto a mí y su cuerpo irradiaba un resplandor tornasol, un leve vello luminoso cuyo recuerdo de día y de noche me ata a ella y me hace bendecir mi servidumbre.

A

veces
lo mudo
nos pronuncia
y configura
dónde está el sastre
dónde el aderezo
cuándo en buena cosmética
es hora del agua y jabón
la sensación de la lengua en el idioma de lo sensitivo
por las calles
de adentro el alma
tiene hambre y se da de topes
en las paredes
de la carne
una ansiosa
necesidad de compartir nos empuja
cuando de pronto
tumba
el amor si es fiel
sigue buscando
de pregunta en pregunta

Rosa variante
(Fragmentos)

1 Cada noche sueño una rosa
Por la mañana despierta
el escozor de rasguños frescos

5 La perfección de la rosa no
depende del número de sus
pétalos

6 ¿serás buena maestra
tú que enseñas belleza sin palabras?
(Yo del sol escondo mi vida,
a través de estas líneas
que aunque son leídas por pocos
y aunque sean apenas alcanzadas
nadie podrá escribir de nuevo
si no sigue rosa la lección
de tu sombra)

7 Humilde rosa criolla
a mí vienes en sueños
Sobre mi pecho te inclinas
y busca tu corola su dibujo
en estas entrañas que te sueñan

9 Rosa ardiente rosa
tu simetría
me inquieta si me consuela
Tu múltiple prodigio
me hace tocar
en la raíz del sueño
el fruto del despertar

11 Aquellas rosas antañas
se desbaratan pétalo a pétalo
se hicieron polvo
A veces en las noches
como a un gato en celo
me despierta su aroma intacto

19 Oh rosa estás enferma
el gusano invisible de la noche
devora tu corola y la corroe
para que caigas
pétalo
a
pétalo
al abismo
(William Blake)

21 A cada estación una rosa
a cada hora un pétalo

a cada minuto una espina
el perfume tenaz de lo que muere

22 Ignoro el idioma de las flores
Rosas rojas y rosas blancas
no sé si me dicen agonía
Sólo entiendo que me voy desmoronando
ante una rosa —Tú—
que en el tiempo me desnuda

23 No se dan solas las rosas
ni las horas sin los días
Sólo el jardinero
se mueve
entre las sombras solitario

26 En ayunas al amanecer
aparecerá cada mañana
debajo de mi lengua
un pétalo de tu rosa incesante

27 Inolvidable olor a mar
en tu rosa de los vientos

40 Tu rosa en el tiempo
Tu flor en el agua

42 Quema la rosa el fuego del verano
Tú —rosa en ascuas— cortas las
flores tardías con manos frescas
para que renazcan
El sol lame tu rostro
Te muerde el cuello
en el crepúsculo inminente
Yo soy el jardinero que recoge
flores abiertas en el tiempo

43 Queman las rosas las llamas del verano
Tú —rosa incendiaria— cortas las flores
secas con manos aún fragantes
El sol te lame el rostro y muerde
tu cuello en el crepúsculo inminente
Soy el jardinero que recoge la rosa
abierta en el tiempo y recibe su
perfume mientras sobre el agua
nada la flor madura

44 Quema la rosa el fuego del verano
y tú —rosa dorada— cortas las flores
secas con tus manos aún fragantes
El sol te lame el rostro y el cuello
Quisiera ser el jardinero que recoge
tu rosa abierta y goza de su perfume
mientras tu flor madura flota en el agua.

Carta con motivo de ningún aniversario

Antes de que el silencio
envuelva el jardín
antes de que la luz se vaya y la sombra
salga de nosotros y nos cubra
su oscura música inaudita
Antes de que el sol deje de alegrar
la gota de agua que lleva mi nombre
debo y quiero decir
que no fuiste la previsible abnegada
ni la triste que acepta
la vida en común como cárcel
menos la que está en la caja de la cama
calculando con sórdida aritmética inocuas venganzas
Tampoco fui yo
el macho de vana mente y gloria espúrea
ni el casado perfecto
que calza mandilón y lava platos
ni el niño que va haciendo travesuras
a la vista de todos y a escondidas de sí mismo
En la intrincada ruleta
nos tocó el premio de estar juntos
—y no tardar demasiado en reconocernos:
amantes a veces,
hermanos a medias incestuosos

de tanto vivir juntos
precoces novios póstumos,
uncidos a la yunta del tiempo
por la música y la letra
(entre otras cosas por
la letra, ¿no?)
pues ¿quién lo iba a decir?
Fueron nuestras nupcias biblioteca
y museo y concierto y oda nuestra boda: *sacra converzacione*
Algo en la luz de la tarde sosegada me recuerda
los cuerpos exhaustos
que espiaban los sátiros burlones
en el manchado espejo de la siesta
No será fácil olvidar
el subterráneo cuchicheo
de la conversación inagotable
que nos llevaba a vivir
en el cuento de las horas,
más allá del
suelo que los hombres ensucian
para inventar un vidrioso terreno común
a su impía tarea
Sólo puedo olvidar tu voz
para olvidarme en ella
Fluir con sus acentos de musgo
y su música de ave oculta

que me guía en el bosque
hacia mis propias voces raíces soterradas

Cada marido ¿no?
merece un bostezo
por su estadística de animal satisfecho
La cadena madre
se va renovando en cada esposa
que hace de su cónyuge otro infalible hijo,
otro rehén de la ley madrastra
A ti y a mí no nos tocaron otros hijos:
sino las voces;
otra descendencia:
sino el despertar
en la línea dibujada o leída,
en el poema o el cuadro, el relámpago suspendido entre dos notas
Así será la muerte una aventura
cuya belleza
sólo nosotros
—a solas y entrenós y
                                        nada más—
podremos saludar
como quien relee en el crepúsculo
cenizas partituras de memoria.

Regreso a casa

Cuando cruzo la puerta en la mañana,
no sé si volveré,
si caeré durante el asedio de la ciudad
bajo las sombras de las espadas sedientas;
si no me retendrá el cíclope
con su aliento lapidario,
si no volveré en cuatro patas,
transformada mi voz en un chillido indeleble y cobarde.
Si no regresaré dando tumbos
Todavía embriagado por una canción de progreso
          y espanto.
Si no me habrán ungido heredero de un reino impuro.
Todos los días vuelvo a ti
sin saber si reconocerás al pordiosero,
si todavía tendré fuerzas
para templar el arco indócil, engañosamente dúctil
          de tu cuerpo.
—y darme a conocer.
Si la casa estará ahí
si no llegaré a encontrar mi sudario bajo la almohada.
Todos los días, en tu regazo,
sueño que me voy, que sueño que regreso y te reconozco
en el mar y en el camino,
que aquella isla es tu corazón.

Todos los días salgo hacia el mundo
templado por la fuerza de ese sueño
y todos los días, milagro, vuelvo a ti.

Mientras una estrella nos nombra

Autorretrato

para Álvaro Mutis

Yo hasta en sueños fui platónico
estoico sólo en conciertos
epicuro en los aviones
en los bancos aristotélico
católico en Navidad
y en otros días de guardar
calvinista en el amor
ante la muerte ortodoxo
taoísta con luna llena
musulmán en el menguante

Fui gnóstico y fui pedante
payaso como una hiena
en pos de aromas heterodoxos
Bibliófilo hasta el sopor
y en miles de noches blancas
—prosódico y metodista
fui perdiendo oscuridad
(Me hice caritativo)

En las fiestas pantagruélico
aéreo como un monje zen

cínico como Pascal
alumbrado para Montaigne
De hueso platónico
Platónico de marfil

Souvenir

Entre todos los medios de transporte,
prefiero la cama,
con las sábanas hinchándose al viento del sueño.
La cama, veloz y horizontal,
lleva música lentísima de arpas
y atraviesa la noche,
alcanza el cielo, el centro de la tierra.
La cama es el altar de la cifra inmaculada.
Pero en el centro del laberinto,
la almohada guarda sus plumas como un tesoro,
y las cuentas nones para la vida, pares la muerte.
La cama del amor, la cuna y la mortaja,
la cama de Ulises tallada en una pieza
de árbol vivo,
es la Ítaca de Ítaca,
eje vertiginoso de lo inmóvil.
En la Cama los jueces
barajan distraídamente
nuestro destino de personajes inconclusos,
mientras una estrella nos nombra
desde lo alto con fulgor vacilante.
Cuando las sábanas se hinchan como velas:
cuando la fiebre muerde y entre sueños preguntamos,
¿Cuántas veces más atravesaré el Aqueronte

aferrado a la almohada?
¿Cuántas ciudades habré perdido por levantarme,
por no ganar la cama en el momento oportuno?
¿Y cuántos días habré oteado el horizonte
desde el más alto mástil de la pereza,
con la garganta reseca y sin poder gritar
¡Despertar a la vista!?
Otras veces he llegado a ella
para atravesarla
como una cascada y buscar,
a pierna suelta,
del otro lado de las sábanas,
la gruta de las ninfas,
la caverna de las dos entradas,
donde ellas, con miel,
en telares de piedra,
tejen los tendones de los héroes,
y he regresado a sus playas,
coronado de gloria.
El espejo de Narcisco,
la ciudad submarina,
el centro de la tierra,
el nido de la serpiente,
las manos intangibles de la aurora,
la cama es, además,
una torre, el mirador plano
desde donde el corazón practica

rigurosas astronomías.
Desde esta torre horizontal
yo estudio las estrellas fugaces
y me dejo abrasar por los soles muertos.

Ni siquiera la hamaca con sus redes
finísimas de aire
se le puede comparar.
Los romanos comían, como se sabe, en el lecho;
yo me arrojo a las sábanas
como una presa sumisa
ante la inmutable deidad.

Bienvenida a Fabián

Terminaba el verano
cuando nació Fabián.
El sol de la vida
—aunque todavía belicoso—
ya era menos intenso.

Nació sereno,
Hijo de padres que ya sabían,
sobrino de tíos que ignoraban menos.

Cuando nació Fabián,
el comunismo era historia,
pero el desempleo
merodeaba por las calles
como perro hambriento
en busca de basura.

Veníamos de regreso de la TV
y confundíamos los supermercados
con las casetas electorales,
pero latían en la sangre
los mismos espectros
y —en castellano o en griego—
los huesos de los hombres

eran como los árboles
de un bosque.

Te daremos abrigo y pan.
Agua, alfabeto y jabón,
armonía y latín.

Cada casa es un oasis
para que tú, viajero,
descanses, tomes lo necesario
y sigas el camino.

No parece haber otra enseñanza:
darte pan con las manos limpias,
en cántaro el agua,
el vino en sus odres,
darte, con exactitud,
el alfabeto y el pentagrama.

Caminamos para que mañana
otros sigan el camino.
Amamos para que mañana
otros amen.
Brevemente florecemos: que prosperen
de nuestras semillas otras.
Fabián: llegas cuando la estafeta
es un cirio ardiendo.

La tierra espera tu huella,
el árbol tu mano,
el mar tus ojos.
Un grillo canta en la noche,
el hermano de tu madre
vigila en esta página tu sueño.

Confesión del araucano

a Fabienne Bradu

"Za-zen: za-zen! —balbuceaba en
la cripta de la cobra una familia
de Sutras.
Escucha al Araucano
cómo toca en sus manos
fulgor del agua rota en el Tiempo
una brizna desconocida
no era mosquito ni sedosa araña
era quizá un reflejo desvaído
ecotáneo, sofófilo hasta la Mandrágora
Pero cuando la luz quedó de espalda a los árboles
y caía por las bóvedas de la oquedad
ascendía el túnel del aire
por las oscuridades del barro
y en la entrañable tibieza del lodazal espejeante
un ave supo que había como
amanecer en sus manos
"Za-zen: za-zen! —balbuceaba en
la cripta de la cobra una familia
de Sutras.
La ciudad sagrada se abría entre
los labios del canto

Pero el escupe-elogios, el chillón de los vituperios
se desnudaba de signos entre el
Tam-Tam de los tambores ensangrentados
y la cobra devoraba los últimos
rayos del sol que moría
al filo de la canción aérea y terrestre
preguntaba el niño: “¿ya es hora?”
Había que vendarse los ojos

Paul Gauguin: en el Taller-Tahití de los tristes trópicos*

Una concentración calculada para despertar
la imaginación adormecida
por las brumas del invierno
Una cascada de colores y formas
Una declaración mil veces repetida del consabido odio
a la civilización
Una afirmación del ocio infatigable, del trabajo
encarnizado que sobre la tela
el papel y la madera practicó este bretón de rasgos toscos
que buscó salvación
en la pedofilia
Una búsqueda del edén sensual, donde se purifican todas
las aguas turbias
Una aventura ofrecida en el altar de la Gran Loba donde
el artista civilizado se degüella
Un álbum de familia
Los ojos pasablemente indiferentes de esas familias que le
ofrecieron a Gauguin tierras e hijas

* *Gauguin-Tahití, el taller de los trópicos.* Exposición en el Gran Palais, París, diciembre 2003-enero 2004.

El Robinson Crusoe que va en busca de niñas púberes
        para renacer de sus cenizas civilizadas.
El Robert Louis Stevenson de la pintura
El solitario perdido en el laberinto de sus cuadernos
El adorador inequívoco de la Virgen
El que se sabe y siente observado por El Diablo
        que enciende
e incendia los ojos del alma
El ávido de conocimiento
el sediento de olvido
El devorador de formas y colores
El cantante silencioso de la curvatura

El húmedo Gauguin, el hermano en verdes y amarillos
        del ávido Van Gogh.
El atrapado en el trópico.
El rechazado de los salones.
El hijo pródigo
El vengativo
El resentido
El que lloró las letras de oro de los cuerpos bajo
        una lluvia azul
El que disimulaba su tentación abstracta en el paisaje
El niño que se comía los frutos del árbol del conocimiento
        y se ponía tan azul que casi se demoraba
El anti-Mallarmé
El anti-Cézanne

El discípulo de Tamayo
El Claudel que se clavó en los mares del pacífico
El árbol que crecía bosques con ramas en erecta posición
El adorador secreto de la piedra
El filósofo camuflado
El aprendiz de alquimista
El paisajista de un solo paisaje
El joyero
El que pintaba azules los caballos blancos
El pintor submarino
El que se comía la tierra a colores.
El Cripto-helenista
El cazador entre los mármoles
El avaro
El insomne
El arquitecto de la siesta
El lento
El gambusino filosofal
El cocinero de las hormigas
El bebedor de agua de colores
El que nunca dejó de ser un marino bretón
El que vivía cuaderno adentro
El atrevido
El innombrable de las islas: Paul Gauguin

Linaje

Ahora que ya todo pasó
callaron cada uno a su hora
madre y padre (aves no tan fortuitas para
el nido del nacimiento)
Ahora que vivo al otro lado del espejo
y conozco el olor de tantas palabras
(otras se han hecho piltrafas
en la boca de tanto masticarlas)
y casi me he olvidado el rostro de la luna
al iniciarme,
yo: precoz y rezagado
ávido de intermedios y cansado de preámbulos
del sueño apenas conozco
las cicatrices,
y nada sé que no sea
respirar entre las letras
o ponerme entra las brasas
un poco de amistad
de cebollas coronada.
Va más de medio siglo
y aún no se dormir sin taquicardia.
Lustros de beber vino tinto
y todavía los sátiros
—ebrio y sobrio—

se burlan de mi incendio.
Las ninfas me llaman por mi nombre
pero yo las confundo
—y ellas se sonrojan
del torpe devoto
que las cambia sin querer con las
letras del vestido
Los pretendientes de Circe
—qué consuelo—
me reconocen desde muy lejos
Los titanes y su corte —¡alivio—
me miran con desprecio
Soy un juguete quebradizo
entre las manos de Orfeo y de Morfeo
Llevo años de merodearme
Años de acecho por si otra vez
el relámpago
a pleno día fulgura
en mi entrecejo
como cuando se hizo Gloria
para que diera fe.

De cómo Castañón viajó a las Galias en busca de ungüento para su amiga Fabienne Bradu

I

En tiempos del euro
a Francia fui llevando
epidérmica embajada:
para el cuero de una dama
hallar cierta onagrácea
misteriosa, láctea mixtura

II

Dizque el Onagro vecino del rengífero
cruza impasible los hielos las nieves
camello de los polos de tundras dromedario
Cortan glaciares sus pesuñas
y es mortífera —dicen—
la herida de su casco
¡Pobre lobo rasguñado
por el patín repentino del Onagro!
¡Ay del licántropo atrevido
que husmea la grasa tierna
del rucio vagabundo inmune al cierzo!

III

Carísima Fabienne:
Te traje de los hielos
para la piel unos tubos
Visité farmacias contrasté boticas
Revolví páginas de nieve
en el libro del invierno

No conseguí el asno vellocino
pero sí ungüento prodigioso
obtuve el bálsamo pasmoso
la crema untüosa albina
la legendaria y leve *Onagrina*

El amigo de las abejas

Para Saúl Yurkievich que se encontró con Marcelo Mastroianni cuando éste se marchaba

El actor cinematográfico italiano Marcelo Mastroianni respondió recientemente a una de las preguntas más famosas del cuestionario de Proust: "¿Cuál es su principal defecto?" Armado de una lucidez y de un coraje en verdad admirables, dirigió contra su propia persona la más terrible de las acusaciones. Con una fórmula cuya ambigüedad aumenta singularmente su fuerza, dijo: "Mi falta de interés". Y confesó que nunca abría un libro, jamás contemplaba un cuadro, nunca escuchaba música, comía y hacía el amor por costumbre y desempeñaba su oficio de comediante pensando siempre en otra cosa.

Michel Tournier, *El vuelo del vampiro*

Conocí a un payaso. Se llamaba Marcelo. Con su cara de muchacho triste, y sus ojos atentos de niño que acababa de descubrir a los elefantes, amaba a las mujeres, se dejaba llevar hacia los años —lo demás: bagatelas— suave y elegante. Sabía paladear los fuegos fatuos, llevar de día de campo a los muertos. Tan buen actor, aquel Pierrot, que pasaba por mediocre (lo sentíamos como de la familia).

Nos gustaba verlo regresar a sus papeles, como quien vuelve a casa: cada máscara una Ítaca. Se dejaba recordar por los personajes a que se prestaba y los miraba crecer como llamas —desinteresado impostor— desde el fondo de sí mismo, hechizado por los castillos de fuego que alzaba tanto disfraz al incendiarse. Una musiquita en su sonrisa, travieso adagio, aires nostálgicos tocaban su cara de payaso que se lavó la cara, de buen muchacho triste. Decía apenado a los gladiadores: "No, gracias; el circo, los combates, me da frío la sombra de las espadas, las hazañas me producen malestar, y luego tanto sol es un poco aburrido". Era de los que preferían quedarse contemplando el cuello cándido, expuesto a la luz, de un ánfora, mientras los demás hacían fila en la Inquisición para ver de cerca los rostros infamados. Era de los que se detenían complacidos a admirar los "senos redondeados... como se columpian muelle y airosamente al ritmo de la respiración, pero por encima de las fajillas que los frenan y a guisa de palomas yacentes se hinchan en dulces intervalos." Como un niño que juega solo, anda la senda que le trazan los mosaicos marcados, así nuestro Pierrot —¡era tan buen fisonomista!— andaba por la vida sólo dando pasos entre líneas de sombra, por las comisuras de la luz. Un ritmo inimitable, bailando como un alfil a ritmo de minué el desconcierto de la tragedia; majestuoso en las pequeñas fiestas privadas, sonatina en la catástrofe. ¿Su oficio? Versátil, y lo conocía bien; aunque llegaba a casa exhausto no se le notaba tan desma-

yado; todavía de buen humor improvisaba parlamentos el personaje en turno —cada máscara una Ítaca, cada día un carácter—, exhortaba fantasmas que empezaban a reír a coro; cortejaba al fuego latente de las hadas y contagiaba a las dos ciudades aquella risa levemente musical del que sabe domar profecías, conversar con los niños, pasear a los difuntos, navegar por el río de la paz.

Marcelo hablaba con boca italiana la lengua humana.

En memoria de Marcelo Mastroianni (1924-1996)

Parrots Date Back to Dinosaur Age

para Tácito, loro Tché-tché, (R.I.P.)
con domicilio en Banderilla, Veracruz

Se llama Arqueopterix
Edad aproximada: 150 millones de años
Acompañó a Dinos y Brontus
y a otros Colosaurios
entre aquellas selvas de helechos cretácicos
y viscosos pantanos inteligentes
peinados por las mismas serpientes de siempre

Archi —perdón por la confianza—
era un pájaro:
cotorro prehistórico
paleoperico entre los paleosaurios

Se divertía asustándolos
con sus imitaciones guacamayas
de Dinos y Brotos
Feliz Pericodáctilo graznando
sobre húmedos lomos color manglar

Lloró a carcajadas sollozantes
la muerte de los últimos gigantes

Ahora sonríe pícaro y nostálgico
cuando se acerca a su jaula
cernícalo un cristiano

¡Lombriz edad del loro Pterico!
¡Feliz edén de fantasmas cambrónicos!
¡Felices chismosos pantanos ociosos!
¡Venturosa cotorra infancia del venerable Cotorrix!

Orifiel

Para Ma-Do y Louis Panabière

No se sabe si Orifiel es el nombre de un gato o de una familia de gatos tan parecidos entre sí que se confunden en un solo animal con el don de la ubicuidad. El Orifiel no sólo tiene la virtud de multiplicarse. Irradia, por así decirlo, multiplicidad. Quienes poseen uno de estos animales viven más años, tienen más amigos, trabajan, quieren y saben más. Las razones de esto son obvias. Se sabe con certeza que este género de felinos nacidos bajo el signo de Saturno propicia el viaje y los movimientos. No basta decir que en cierto sentido son espejos animales. Su naturaleza reservada, serena, encubre la vitalidad que proyectan. En ellos, en efecto, fluye un manantial secreto de energía que contagian con discreción a quienes los rodean. Duermen poco porque descansan con el insomnio, comen poco, pues se nutren de su hambre, y no se mueven porque son el eje del movimiento. La indiferencia del Orifiel puede engañar a cualquiera porque su pasión es la impasibilidad. De ahí que el Orifiel pueda desaparecer imperceptiblemente y sin dejar otro rastro que el de su indiscernible doble. Algunos opinan que ésa es la razón de que el Orifiel haya sido considerado durante tanto tiempo como un emblema de la comunión de los santos.

Señas particulares

Estatura: Un metro en prosa y verso
setenta centímetros de estrofa

Peso: Ocho toneladas en tierra
Seis sueños y doscientos verbos a 1970
metros de altura
sesenta cruces bajo el agua

Ojos: Abiertos veintiséis horas
ocho los días del año
Presbicia precoz y estrabismo generacional
Mayor acuidad en el ojo derecho
si amanece
(98.79/100)
En el izquierdo
acuidad de 92.300/100 en la luz
turbia de los eclipses
Relación entre presión sanguínea y
parpadeo: ½.5

Color: Bronce rojizo: de la raíz a la ropa
diversas tonalidades de castaño

Nariz: Respingada Perfil de gnomo
disposición a la travesura
sensible a los gases de plomo profético y
a los rayos del sol augural
(Tres estornudos seguidos todas
las mañanas al mirar el sol)

Boca: Abierta de asombro

Lengua: Fuera de la boca para seguir a los pies
viajeros Ligeramente bifurcada en la
punta del estupor

Voz: Rápida delgada como un susurro
impregnada pastel de frutas
Sombras para el oído

Por la ciudad serpiente

El asedio

La antigüedad de aquella arquitectura
se declaraba por la ausencia del arco.
J. A. Ramos Sucre, "La ciudad
de las puertas de hierro"

Mi estrella voraz me puso al frente de este ejército. Con él defiendo las murallas de la ciudad. ¡Si los bárbaros supiesen! Si aunque fuese uno solo de ellos lograse atravesar los fosos y escalar los muros. Defiendo una ciudad desierta. La lealtad ha vuelto a mis hombres taciturnos. De día nos exhibimos desde lo alto de las torres con el aparato de nuestras armas; de noche, los obligo por turnos a velar simulando festines. Los bárbaros no atacan; creen a mis ejércitos protegidos por la fe, ¡si vieran nuestros templos llenos de dioses muertos y dormidos! ¡Y si nosotros los viéramos! Mis informantes me han dicho que los bárbaros son mucho menos numerosos de lo que nosotros pensábamos, apenas una horda raquítica compuesta por un puñado de familias. Supongamos que lanzáramos un ataque repentino y que la victoria fuese nuestra. ¿Qué ganaríamos? Un botín incierto y, semanas después, la peste. Algunos han llegado a afirmar que los bárbaros no existen. La astucia me habría llevado a hacer pasar por muertos a algunos de mis hombres para que días después reaparecieran del otro

lado de las murallas disfrazados de bárbaros. Otros piensan que la voracidad de mi estrella me llevó a vender en secreto a mis hombres; me acusan de tenerlos prisioneros y de ser su guardián. En realidad sucede tal vez todo lo contrario. Uno a uno, sin cambiar de sitio ni de uniforme, han dejado de formar parte de mi guardia para transformarse en mis carceleros sin que yo tenga la más leve sospecha de lo que sucede. Yo los veo a los ojos y sus especulaciones caen en mi silencio como una caballería en un pantano. La voracidad de mi estrella así lo exige.

El reyezuelo
(Fragmentos)

Primera audiencia

viii. Razones de Estado
César es un padre para el pueblo. Gobierna el Imperio como quien administra su casa. Para él, no hay mejor fámulo que un familiar. Como en los magistrados ve criados, para César los mejores siervos del Estado son sus consanguíneos. César tiene una parentela caprichosa. Todos lo saben; todos la temen.

x. Un hijo de su tiempo
¿Se explica que Sila organice traiciones al Estado a costa del Estado, que haga pagar al Imperio las suntuosas borracheras donde se cuentan chistes sucios sobre sus prohombres? Desde niño, Sila se divertía imitando la firma de su padre. ¿Qué cómo era? Sólo la impronta que lo distinguía de los demás en una república de delatores.

xiv. La reforma del Estado
No pudiendo sufrir la rancia práctica de los antiguos, César regatea la ley de no regalar a los tribunos. ¿Será esa la causa de su sordera al indulto? Reformó las leyes y consi-

guió la incredulidad; desacreditó a los padres fundadores gobernando en contra de las costumbres. Llega al poder y se presenta como el justo entre el pueblo de ladrones; poco después, de reforma en reforma, zarandea a la ciudad hasta persuadirla de que ha vivido por generaciones en el crimen y la corrupción; la mano derecha prohíbe los regalos, la izquierda alza los impuestos —y ambas lo saben. El pueblo paga las primeras letras al precio —lo estricto superfluo— de las buenas costumbres. Ya sólo nos queda la comida, pero el pan sabe a trapo.

xv. Entropía
Cuando nos estábamos acostumbrando a las putas en Eleusis, aparecieron las sabihondas en los prostíbulos.

xxv. Un disidente
No ha sido necesario que Atila llegue a Roma para que Flavio Flaco halague a la plebe con entrañables exordios de fondo telúrico. Se permite llamar claridad a la miseria después de monopolizar la basura. Flavio Flaco es un hombre astuto y navega con la corriente. Pretende que las suyas son las pasiones más profundas por el hecho de que las grita. Se cree gran señor porque carece de maneras, héroe porque no le tiene miedo al ridículo de ayunar con el pensamiento y hartarse con el cuerpo, sabio porque suscribe el consenso, discreto porque llama franqueza a la murmuración y sabe callar por encargo, buen ciudadano

porque no cree en la decadencia sino en el progreso del circo. He ahí a un hombre de su tiempo.

Segunda audiencia

xviii. Dialéctica de la Ilustración

Las cosas han llegado al punto en que matar la palabra *ser humano* se convierte en crimen más odioso que el de matar al ser humano en carne y hueso.

De la república y orden de los años

Ver pasar el tiempo.
No es otra la profesión del hombre.
Los días, las edades,
las estaciones de la historia
giran en un carrusel
y nosotros, arriba,
cándidos jinetes del bestiario,
intercambiando propósitos
de un animal a otro,
aprovechando las pausas,
a veces, para cambiar de bestia.
¡Y gira tan veloz, tan lentamente!
Bajan algunos, suben algunos otros.
Dejan las flores marchitas
lugar a los nuevos ramos.
Comer, dormir,
limpiar la casa,
que vengan los invitados,
niños a la escuela,
que cambien de guardia los centinelas,
y el jardinero siga tatuando la tierra,
que la gallina ponga sus huevos
y el escriba con el estilo teja,
que vengan los carpinteros,

las enfermeras, por favor,
sacudan sin falta las sábanas,
que dé vueltas el carrusel
y las naves del calendario
nos lleven de nueva cuenta
al Puerto de Semana Santa,
que sigan por la Cuaresma
navegando las jornadas,
los deltas del Equinoccio
y otra vez por el Solsticio
que caigan las lunas llenas.
Es hora de pasar en limpio las agendas
para olvidar en las del Año Viejo
los números de teléfono de los muertos.
Valses, polkas, lieder o danzón,
Van las naves por el océano tiempo,
giran sin pausa en carrusel.
Y cuando llegan a su destino
los trenes de cada año,
Terminus, todo mundo con sus maletas,
con su equipaje arriba.
Es hora de trasbordar.
Es hora de pasar en limpio las agendas.
Pues arranca ya de nuevo
Hacia las sierras del retorno.
Ramadán y Carnaval,
Viernes Santo y Yom Kippur,

Eclipse y Todos los Santos,
Sismo, granizo, huracán,
Gira sin pausa el carrusel
y es la Transfiguración.

En memoria de Carla Morfín (1965-1994)

Fuera de la ciudad, paso enclaustrado en mi casa-biblioteca la Semana Mayor. Afuera un calor atroz duerme las plantas, seca la lengua yertos ojos de animales. Alivio el calor bebiendo poemas frescos, cuentos helados con sabor a piña. Es viernes santo y cuando cae la noche empieza la procesión. Las calles huelen a piedra recién lavada. De la Iglesia, cargado en andas sobre las notas lúgubres de una banda, desmayada Sale del Templo (fortaleza Agustina del s. xvi) a la calle El Libro El cuerpo yaciente del Cristo castrense en caja de cristal acompañado de Las Tres Marías oscuras De luto, Madre; de duelo, Magdalena; de negro, Cleofás a su vez llevadas en andas por una procesión de ninfas solemnes y enlutadas desgañitándose al paso a la luz tropezada de una vela, leyendo a voz en cuello un libro diminuto sin pensar que ellas son las letras del Libro, que todos somos las líneas del Libro que cada año retoña entre las piedras y las lava. Y así va dando tumbos la procesión en procesión el indeciso río humano Tan cerca de la voz, tan lejos de la palabra Cada cual emana letras. Cada calle; una insignia en la puntuación Cada año: una página del libro nos envuelve y, al morir, nos cuenta: así fue, así será. Yo estoy cautivo en mi biblioteca. Afuera, el calor opaca los ojos y la piel quisiera hacerse polvo. Bebo a sorbos unas

gotas de historia sagrada, mientras afuera el Libro respira resurrección y juzga en silencio a los hombres que se ahogan como faunos en un mar de TV.

Siesta del viajero frecuente

La masacre no es irreal.
Ni sólo otra escena que TV.
El pordiosero abre su mano
en París o en Bogotá.
Te mira a los ojos
o deja caer el rostro entre los hombros
en el puente de Santa María de Buenos Aires,
un cadáver en Perpiñán o un santo en el Paseo de
Gracia
estira el brazo para darnos
otra oportunidad en Caracas.

El mundo es hermoso
como una cascada iluminada,
la basura nos sigue como una sombra.

¿Y tú qué?
Aquí no se permite fumar.
Al fondo a la derecha,
bajando las escaleras,
al llegar al pasillo
llena usted la forma
que dice destino con su nombre completo,
y luego la entrega en la ventanilla del avión.

Como a ti mismo,
igual, tan parecido,
como ahora o ayer los oías
y te estabas asomando a un espejo.
El jardinero usó las mismas palabras:
“Ya no quieren crecer”
antes de atravesar el puente
como tú mismo   tu semejante   tu hermano
De oídas
entre ojos
crece el rumor
Hoy No Hay
salidas de emergencia
crece el rumor
¿dónde nos vemos?
Allá atrás,
entre las letras
del nombre reservado
oyes la voz en el teléfono
y ya sabes qué, por qué,
lo están preguntando.
Bosnia, ¿cómo está?
—¿Jerusalén? ¿Los Ángeles?
¿Adis Abeba?
Muriendo de sed
como tú mismo
ahí adentro.

Y la democracia, tan enferma,
sólo camina para cerrar la puerta.
Le molesta el ruido, duerme poco,
está muy irritable, dice que
crece el rumor
pero ya nadie hace ruido,
o hay tanto que nada se oye
y la voz se disuelve
en un gas de altoparlantes,
el teléfono se traga las monedas,
la basura se quema lentamente
en un gas de altoparlantes,
en los aparadores de la ciudad.
De los objetos carbonizados
sólo queda intacto, fulgurante,
el precio,
mientras en casa
cada quien está encerrado en su cuarto
viendo el insomnio por la TV.
(¿Será para otra vez la serpiente,
para otra vez el árbol contra la luz,
otra vez las cascadas,
las puertas abiertas de la sombra?)
En Tijuana
el candidato llegó a tiempo.
Todos lo esperaban
pero nadie sabía realmente quién era.

La cosa empezó meses antes
Cuando el cadáver del Cardenal
fue desenterrado en San Cristóbal de las Casas
y aparecieron los zapatistas
todavía encapuchados por el miedo:
"como a ti mismo..."
le dijeron al secuestrado antes de soltarlo
con el cuerpo lleno
de jeroglíficos
invisibles.
Esos también eran los sellos
que se estaban levantando
y abrían en la piel
flores de arena
como tu sombra movediza en el eclipse.

Réquiem en Jerusalén

Pátzcuaro en el Mar de Galilea
La Merced en Jerusalén
Ixmiquilpan el Mar Muerto

Dios construye las frases del paisaje
con las mismas letras de peña y tierra
Toda la creación tiene aire de familia
(Pátzcuaro en el Mar de Galilea...)

Yehuda en Jerusalén
Vallarta en Guadalajara
saben a café express
a mañana transparente

Bajo estos cielos
prosperó David
y Elías trajo los magueyes y los nopales
de aquellas tierras de donde salió
llamándose Quetzalcóatl

Otra bomba de tiempo
la historia estalla en simetrías
El halcón se transformó en paloma

pero la paloma murió como halcón:
Isaac Rabin (1922-1995)

Con cuarenta y nueve días de anticipación
un colegio de rabinos lo sentenció:

"Y contra él Ytzakh, hijo de Rosa
conocido como Rabin tenemos permiso
para pedir a los Ángeles de la Destrucción
que dirijan su espada:
contra él contra este hombre maligno
por haber entregado la tierra de nuestros
hijos a los enemigos de Israel"
Elegido entre los más brillantes alumnos
de la Facultad de Derecho
el precoz ortodoxo llamado a ejecutarlo
estudiaba por las noches cibernética
y su inteligencia era exacta —una escuadra
versátil —una navaja suiza

La Antigua ley se hunde en el descrédito
Baja con cada nueva baja, caída por la paz
Una y mil noches de servicio militar para los hombres
Sólo seiscientas para las mujeres
Los jóvenes preferían morir
a caer heridos por el Éxtasis

No morir para arrullar al bebé
con canciones de cuna en ladino:
“Mi padre tenía un cabrito
que compró por dos ochitos”
Precoces soldados patrullan la ciudad
examinando absortos escaparates
Hoy no visitaré la Ciudad Santa
No ciudades prohibidas
ni lo que el Santo Sepulcro...
No la Cruz ni la Roca de Abraham
Sólo una mañana iluminada por el azur
en la calle de Yehuda
Aquí no llega el grito del muecín
la sentencia fulminante del rabino
la tempestad viscosa del sermón

Sólo me alcanzan conversadas brisas
pausadas voces que saborean quietas
el silencio hierosolomitano
el rito sin rito
el sacrificio imperceptible del tiempo
en los altares olorosos del café

En Jerusalén: Coyoacán
Jardines de Israel: Jardines de la Casa Borda
Sacrificios de México y alegrías de Palestina

Por un momento es de día
la muerte se disuelve
en el aire
olvidando su nombre

Recuerdos de Coyoacán

A Octavio Paz: alma, región luciente

De entonces guardo para siempre la hora solitaria,
desengañado antes del engaño.
Alfonso Reyes, "San Ildefonso"

... esta página
también es una caminata nocturna.
Octavio Paz, "Nocturno de San Ildefonso"

Souvent nous faisons tort nous mêmes à nôtre ouvrage
Encor' que nous soyons de ceulx qui font le mieux:
Soit par trop quelquefois contrefaire les vieux,
Soit par trop imiter ceulx qui sont de nostre aage.
Joachim du Bellay, *Les Regrets* [146]

A menudo nosotros mismos perjudicamos nuestra obra.
Aun cuando seamos de los que la hacen mejor:
o bien por elaborar demasiado a los antiguos,
o bien por imitar en exceso a los de nuestra época.

Era otro y soy el mismo
Yo no sé si fui feliz:
Caminaba por las noches
la ciudad de la memoria
La ciudad dormida
entre sus nombres
Temprano por la mañana
iba a la Preparatoria
No era San Ildefonso
ni sus legendarios patios
Se llamaba “Prepa 6”
(No sabíamos
cómo era Antonio Caso)
El lugar: Coyoacán
El año —y mil: novecientos 68
¿Los Maestros? Ya no había
Profesores funcionarios
candidatos (unos a la política
a la porra o a la guerrilla otros)
periodistas asalariados
ortodoxos y heterodoxos
cucúrbitas e hipérbolos
del Templo de la Corbata

Yo no sé si fui feliz:
sólo sé que me desvelaba

ni era otro ni soy el mismo
Era el que ya se iba
Afuera la generación
pagaba cuotas de sangre
Embestía la muchachada
buscando la democracia
en las muletas de trapo
en las paredes del tiempo
banderas de carne y hueso
en los muros consignas
en los labios canciones
flores en el pelo
y la imaginación al poder
Olimpíadas y rock & roll
(A lo lejos arrojaban fumarolas
las pirámides
—digo: los volcanes
Por la tardes
deslumbradas las ventanas
ensayaban indecisos
castillos de sol)

Unos leyendo a Marx o a Marcuse
otros a Octavio Paz y a Julio Cortázar
algunos *La rama dorada*

Yo no sé si fui feliz
entre *Los acantilados de mármol*:
entre *Orlando* y *Visión de Anáhuac*
Ladera este o *Las flores del mal*
mientras en la calle gritaban
Presos políticos libertad
Tiempos de confusión y esperanza.
High Times/Amour fou
(Yedra invisible
la música del organillero
                    va dando tumbos por las calles)

Probar todas las cosas el Apóstol lo manda:
Acido peyote y karma
hongos e Iluminación
en el viento
                    la respuesta
martes carnal encarnado
miércoles calcinaciones
¿de qué lado sopla el viento?
Pregúntale al sereno
Weatherman   Weatherman
Peyotaris: hijos acelerados
del tiempo y la sinestesia
tan antiguos y pedantes
                    dizque modernos
cosmopolitas y audaces

Eso sí: mucho cine:
Bergman   Buñuel   Passolini

Además Budismo Zen y Meditación
Yoga
Tarot y Tantra,
Amor libre kodak y espiritualidad
Desprecio de alcohol
alabanza la sobriedad
Trabajo voluntario
en los ejércitos del placer
No recuerdo a los amigos que intenté
—ni sus rostros, ni sus nombres—;
me visitan
fantasmas
sus voces y sobrenombres:
El Che El Pato y El Perro
Fátima Urraca y Cronopio
La Cava Tribilín y Argel
danzaban la sarabanda
en carrusel giraban Ayari Polanco y Calac
Para unos Liga y cárcel
—¿cuándo no la muerte
para el corazón aventurero?
Otros ayuno y monasterio
comuna soya y cocina vegetariana

los demás iban cayendo
víctimas del empleo y la familia
se casaban:
          contradanza:

divorciaban
mientras iba dando tumbos por las calles
             yedra invisible
la música del organillero
Algunos consultaban
al Dr. Fausto otros a Farabeuf
Yo no sé si fui
si ya era el otro
si aún el mismo
Amor (al verso) libre daría bautismo
yo empezaba a me transportar
—¡Tanto comerme los atlas!
¿cómo del mapa los mares atravesar?
Y la vocecita pregunta y pregunta:
¿eres feliz   eres el mismo
quién otro pasa sus noches en claro
madruga cual peludo Pantagruel
y como batallas busca banquetes en los mercados?
—Día y noche no dormía
practicaba el ausentismo
iba a tumbos como la música del organillo
injerto de circo y pianola

yedra invisible
(tal vez no era feliz si detenido
tal vez tenía que andar   andar)

Afuera la generación abonaba
cuotas de sangre
impuestos del desengaño
Hablábamos del instante
y nuestro presente ya era el pasado: una ilusión.
Los padres y los hermanos mayores
buscaban otras partituras
en separaciones y segundos aires
volaron a Viena pero volvieron a París
buscaron Bangalore
el Tibet
para no ser marionetas inventaron el Guiñol
pero veían TV
Yo entre tanto
en sueños otra Ciudad
caminaba
andaba a tropezones
entre raíces rotas y leyendas medio enterradas
Para navegar en ellas me olvidaba
De pantanos
volcanes
peste y fusilamientos me olvidaba
¿Dónde estaba

enterrado Moctezuma?
Sólo recordaba
en sueños ruinas:
la luna
(El día:
                    Piedra en llamas
Oscuro arcoiris de memoria:
                    la noche)
Un palimpsesto
de rocas sobrepuestas: la ciudad
En el muro del tiempo
el corazón aventurero
Al descubrir tras el lujo los escombros
estoy despierto decía
No sé si sé
pero a veces llevo los ojos
abiertos en el sueño
                    a tropezones
andaba fugitivo
tan parecido a la sombra
de un perro por el muro
No sabía cómo salvar tántas raíces
ni menos cómo salir de la pirámide:
Fuego secreto
              Flor incandescente
                              serpiente en la luz

La serpiente
en reposo
con los ojos
abiertos
En la cripta
la piedra de luz
el fuego secreto
los ojos en los pies
ante las llamas del brasero
el cadáver de Moctezuma
insepulto a la deriva en una barca
por los canales que hoy cruzas como calles.

"Zapata todavía tiene puestas las botas de montar":
El eco de una cabalgata
a lo lejos los disparos
en el centro de la Plaza
cayó un estudiante otro centauro
—¿quién jinete muerto
quién caballero dormido?—
a lo lejos las campanas
dicen que envenenaron a Juárez
Mientras andaba a ciegas
                                        en sueños
                                        a tropezones
deletreando con los pies en los ojos

con los pasos mirando
los ojos tocando la luz
sin guía:
                                        la serpiente anidaba
bajo Catedral
                                        la culebra
era una escalinata
                                        y otra
al fondo
                                        bóveda de canteras luminosas
en la noche líquida
                           bajo el claroscuro
                                        arcoíris del recuerdo

¿Quién soy? ¿Cuándo olvidé mi nombre?
¿Cuándo naufragó la cara en el espejo?
Si era otro si no el mismo
si como tú...
Pregunta es la voz:
¿palabra de luz
de la letra firmamento?

Alegre *Trivium*
Feliz Cuadrivio
Con ira sabrosa ciencia
Trovar *clown*

Sólo recordaba en sueños
andaba entre ruinas y raíces rotas
mientras afuera
los hermanos de los padres de los hijos
con paciencia masticaban
las semillas secas del periódico
buscando sabores de libertad

* * *

Estación Pino Suárez:
Por la Ciudad Serpiente en
rumorosas galerías
un bachiller andante busca la salida
Por la garganta
su nudo de calles subterráneas
Ríos caudalosos de paso
humano sobre humano
Por los túneles pasadizos
a duras penas la memoria
y su tribu de raíces
Olvido apenas
la música soterrada
Hormiguero de nombres
Nidos de la voz

Por el fuego secreto de la piedra
jura a ciegas la muchedumbre
Truenan las flautas
Pisan las sandalias
Zumban los cascabeles
Por la ciudad serpiente
multitudes mutiladas vienen
en busca de una piedra
Van por la pirámide ciega
a tientas por el calendario
Peldaño a peldaño
vez tras mes
Por la vasta cripta de su memoria raza
Por la raza culebra
Por el águila envenenada
con la cruz tribal y cejijunta
¿Dónde duermes serpiente
víbora de la tierra?
Metro a metro avanza —y no puede pasar
Por el túnel retrocede se despoja
vaina de pellejo humano sobrehumano
Si su látigo gira víbora bosteza:
Valemadre valeciudad madreserpiente
—Cava culebra cava
—Cava culebra muerde

Por la ciudad y sus barrancas muertas
un bachiller busca la salida
y sólo encuentra en el espejo
ojos de ciudad vacía
mirada madre de la masa
los sus ojos
pulidas canicas de piedra
su piel inminente temblando en la bocacalle
(Ya eran las seis y muerte de la tarde)

* * *

Entre Donceles y Tacuba
entre Hidalgo y Allende
La ciudad dormía
                                        entre sus nombres
El país soñaba con la Ciudad
Todas las ciudades de México
eran la misma ciudad de México
soñando los mismos nombres
(Un abogado en cada hijo)
El Águila y la Serpiente
se reproducen a huevo

Águila Madre Culebra
Obra cascabel del aire

Ave Marina que estás con nosotros
Devoraruinas Comebasura
crece tu falda de escombros

detritus de vidrio
sobre los bordes manchados
por los hexagramas de la peste
¿Sabes dónde está enterrado Moctezuma?
En el Valle desierto
por
          el camino crepúsculo
por las sombras herederas de otros pasos
sobre las azoteas
en los balcones
el amor y la marihuana en la noche líquida
los labios se abren con un soplo
los héroes sin ojos ni pies
y sin tumba ni monumento
no son héroes dicen
a tientas
          con la guía clamorosa del rumor

Más de quinientos muertos
quién sabe cuántos desaparecidos
La voz no dejaba de preguntar
    el nombre del Fuego Viejo

    en el nombre del Fuego Nuevo
      la palabra de la serpiente
        el número de la oscuridad y de su espejo
          la letra del cielo en llama
     la cifra de piedra en la luz

Y el cuento de nunca acabar:
el cuento de una larga noche triste
Aullaban
          nombres calcinados
                    las ambulancias

El país soñaba con la Ciudad
La Ciudad dormía entre sus nombres
a lo lejos
          en ascuas
la ciudad obediente baila
al son injerto de circo y pianola
del organillero y su música
yedra invisible
en el bosque de los nombres
pudridero de la Ciudad

Entre ruinas que hoy son otros monumentos
Entre monumentos que ya son ruinas
la Ciudad o el lenguaje

o bien un montón de escombros o la ciudad

o bien tu nombre

Letra de colibrí en el Libro de los Cambios
oye la voz de mi mente mirada:

Calle de Regina: **Ruega por nosotros**
Calle de Gante: **Ampáranos**
Santo Domingo: **Danos la paz**
Ten piedad de nosotros Barrio de la Merced
Moneda Tacuba Donceles: **Miserere**
Templo de la Divina Enseñanza
Convento de las Vizcaínas
Convento de San Jerónimo: **Miserere**

Yo sólo digo mi canción
a quien conmigo va
y si alguna vez te pregunté si feliz
alguna vez como Ulises junto al fuego
abriste los ojos
qué viaje
¿Estoy despierta? preguntabas en la noche
preñada de sentido y experiencia
Cada pregunta un paso
(alguna vez en el patio de mi casa)

Cada paso un nombre de la luz
Cada nombre como la casa de los abuelos
Alguna vez y ahora
preguntas si era otro o era el mismo

"Esta es su casa"
pero en el lenguaje se erige
la morada verdadera
una casa como un país
el lenguaje sobre las bardas
                                        otra vez crucificado

En un país de verdades a medias
de piadosas mentiras bilingües
real sólo el paisaje era
la inconstante república de las nubes
y todas las ciudades estaban contenidas
en la misma ciudad
soñando los mismos nombres
la misma calle todas las calles:

Voy a tientas por Avenida Juárez
pero no sé si estoy en Tijuana
o en Cuernavaca Saltillo o Coyoacán
Entre Hidalgo y Allende
yedra invisible injerto de circo y pianola
suena cansada la música del organillo

Yo ya me voy al Puerto
Porque sabes que siempre
que digan que estoy dormido
Nuestras tradiciones

La fiesta innumerable
de todos los santos casi todo el año
(no tuvimos Holocausto sólo Historia)
20 de julio
13 de agosto
21 de agosto
13 de septiembre
14 de septiembre
23 de septiembre
28 de septiembre
2 de octubre
3 de octubre
20 de noviembre
20 de diciembre
21 de diciembre
3 de enero
9 de febrero
En febrero las sombras se alargan
—¿28 de febrero?
(11 de julio: Eclipse total de sol)

Fechas fatídicas
Calendario
Rifa de ejecuciones
¿Qué más da si se llamaba Belisario
o era Presidente?
Al principio cada candidato lleva su nombre
—Madero Zapata Villa Padre Pro—
luego poco a poco
el metal se funde
& se acuñan sólo unas cuantas monedas

    18 de julio
    10 de junio
    22 de marzo
Innumerable Fiesta de los Muertos
Aquí entrenós
—Somos los testigos, diría Pascal—
todo el año es fiesta
cada semana Semana Santa
mítines marchas peregrinaciones
Jacarandas en Cuaresma

Las siete casas:
Corpus Christie
Plaza de las Tres Culturas
Ciudadela

Ciudad Universitaria
Huitzilac
Casco de Santo Tomás
La próxima...
tantos otros sitios innumerables
como la Fiesta continua

El sueño ha terminado
Es hora de guardar la baraja
(*Terminaron de jugar las palabras*
Las palabras hacen el amor)
Cada nombre un día de guardar
Fechas fatídicas entre ruinas
Días de feria
Todavía ayer lo vi
y hoy ya es una calle

Yo no sé si fui feliz
No sé si era otra o la misma fiesta
Navidad Cuaresma Carnaval
El sueño ha terminado (rezaba el rumor)
decía más de quinientos
sin contar muertas durante el parto:
llenas sean de gracia
y con ellas el Señor

Sobre las azoteas en los patios
la voz no dejaba de preguntar
La voz: péndulo
                    gotera
                            incendio
Adviento en la voz
Ruega por nosotros:
Creadora del Cielo y de la Tierra
La voz no sabía si dormía
si sólo callaba entre escombros
si deletreaba casonas leprosas
como quien toca la piel de un abuelo
Si el lenguaje soñaba una ciudad
dormida entre sus nombres
Si cada paso es un nombre
si las sombras en el eje de la Plaza
¿dónde yace el taciturno Moctezuma?
Si con los pies en los ojos
despiertan en su Fiesta Muertos
Y todavía me preguntas
si es mejor espejo Freud o Jung
si la serpiente dormía con los ojos abiertos
si en el Metro la tierra era otra
o la misma semilla de los periódicos
que sabía a libertad
pero alimentaba el rencor
la memoria imperdonable:

a tientas por la ciudad

la brújula del rencor
Este país se muere con los ojos abiertos
las botas puestas
Crece la noche triste como un árbol
y a cada pregunta te abre los ojos

Porque sabes que siempre te he querido:
si muero lejos de ti
ciudad de pantanos desecados
boca de rumor
ojos de tolvanera
dime si soy el mismo
                                        si feliz
en el aire oscuro
de tu historia intacta/manoseada
entre ruinas y días de feria
ambulantes los muertos
                          éramos nosotros
y nuestros pies párpados
por las escalinatas
                                        bajo
                                                      la pirámide

Buscábamos un maestro
nos devolvían cadáveres

embalsamados a la luz pública
¿Maestro? pregunta un Hermano Mayor
y guarda el rostro bajo un Día de Fiesta
otra fecha en el calendario

(*Hay tantas cosas que no me atrevo a decir
tantas cosas que no me dejarían decir*)

No masticaba chicle ni periódico
Apenas migajas críticas
Proust me presentó a Vermeer
Delft a Peter de Hooch
y de Nicolas Mäes me fui al Bosco
pasando por Rabelais
hasta llegar a Kierkegäard vía Unamuno
No sabía ser
por falta de experiencia
quizás era feliz
y sólo sabía que no
sabía que preguntaba
dónde iría a dar de paso:
imaginación engendra curiosidad
Visitaba el cielo leyendo
bajo tierra galerías de memoria
descifrando bajo escombros una dirección:
Schoenhausser Allée 73

(No puedo acabar:
tan larga es la madeja que para tejer destejo:)

¿Máscaras? Parecen
                    Fiestas
Nombres de la herida circular
—puentes— fechas
tantos nombres
de la campana

La palabra luz —decía el maestro
sostiene el Hermano Mayor:
luz entre dientes.
Dizque habla dormida la mujer
ojos de águila cuerpo serpiente.
(Los organillos llegaron a México
antes de 1930
Fratti & Co. Schoenhausser Allée 73.
Berlín.)

Quién-soy le pregunta a
Quién-eres
Sabes dónde está
Dónde-estás
Y Ya-es-hora intervenía
Al ratito pero pronto
Si Dios quiere

Si Ya mero quiere

Ya casi
Si el Mero-Mero
Momentito
Un minuto
Tenga la bondad
Don Diezporciento
Su turno la Autoridad
¿Quién dispara
los tacos?
Usted-Quién-es
(bosteza: *Je-suis-Snob*):
A quemarropa sólo salva una palanca
un telefonazo en la madrugada
entre las ruinas
el número que usted marcó equivocado
Quién-habla y su sombra
Diga-Usted llamaron
pero no quisieron dejar recado
Vuelven los nombres
ruedan las fechas
otra vez el futuro
                              otro aniversario
nos devora
Hora a hoja se deshora el día

Los nombres de la libertad
¿Sacrificios humanos o salario mínimo?

No sé si fui feliz
si era el mismo

quién coyote quién chacal
(... el vecino)
Si a tientas o entrelíneas
mientras masticaba un periódico
con un ligero sabor a libertad

La Hermana Mayor:
                    Enquépaísvivimos un batidero
Cada quien es un habitante
de una sección del periódico
Un diario la Ciudad
Un kiosko el mundo
La historia una biblioteca
Las bibliotecas: el mar yacimientos selvas
                    desiertos abismos
                    cielos purgatorios innombrables
Cada nombre es un conjuro
un paso cada nota
(las caminatas trazan inaudibles melodías andantes)
Pregunta

pregunta en
la misma
ciudad mexicana
llamada como todas las
ciudades invisibles
dormidas
en sus nombres o bien a orillas del abismo
llamado Pregunta en Llamas
Si en todos los nombres

comulga la sombra
si en la sombra
Ciudad en ascuas
se pierde de vista
la tapicería de los años
Hormiguean en los barrios
de la juventud y la niñez
en los suburbios de aquella
edad a medias equidistante
de las edades de oro y de hierro
los seres pasados y los posibles
vagos promotores de identidad

Al filo de la Fiesta
a orillas del Calendario
(El ombligo del lago de la luna
¿es un eco de la luz o del volcán?)

El último día
y el primer día
se funden instantes —calcinantes—
aquí (a orillas del cráter)
a lo lejos
(por los lagos de la luna)
se funden
aquí siempre más allá
cuando voy y vengo

doy paso al paso
a la Ciudad cuento
al andar el cuento de la Ciudad
en la música del paseo
los muertos encuentran a los vivos
atraviesan juntos la calle
cruzan sus nombres
en una esquina
Francisco Sosa y Salvador Novo

En 68 **62, Modelo para armar**
en vez de armas paredros
en lugar de maestros kafkitas
del otro lado del espejo Khort-Azhar.
Atrás: un Ajusco impasible

El cielo giraba
en torno a los abedules nubes
al eucalipto brisa
luz al sauce tan fresno crepúsculo

El cielo giraba en Los Viveros
y los árboles alzaban sus copas
por la majestad del día
giraba el cielo giraba

A la semana yo pasaba
una noche leía en claro leía:
al amanecer salía a visitar la Ciudad
—Me gustaba verla incorporarse
limpiarse de sombra las paredes
Mi guarida era un sótano
(desertaba de las clases
nadaba en la biblioteca)
Iba por las galerías
No sabía cómo salir de la pirámide
bajo la tierra de la memoria
a orillas del olvido
al amanecer
la Ciudad intacta: invicta herencia

Si era feliz

quién fuera dueño del día y su locura
de la noche y su razón

En el sótano palpaba las raíces
del tiempo perdido el límpido cuerpo
de las muchachas en flor
en campos de papel
me entrenaba imantando
esqueletos
                    fósiles incrustados
en lucientes castillos conceptuosos
La Rama dorada como brújula
y batuta espada y puente
casa jardín escondite
No sabía cómo salir de la Pirámide
Sin la biblioteca encantada
de Sir James Frazer (1854-1941)
Al amanecer en los mercados azules
Buenosdías saludaba a las Alegrescomadres
De claro en claro las noches
las estrellas alfileres
y a mediodía en Palacio Nacional
un alfiler en la paja
buscaba el despacho de Klamm
No era otro ni era el mismo
sólo paréntesis voraz párpado el corazón
la voz no dejaba de preguntar

¿qué se hizo Villaurrutia
dónde el *Libro del Buen Amor*
qué fue de tanto galán contemporáneo?
No sabía ser y leía
sacudido por el llanto
vidas de santos anarquistas
El ser en llamas:
Ricardo Flores Magón   Librado Rivera
Bakunin   Kropotkin   Malatesta.
O la palabra en fuego
De Marx me gustaba
el estilo la ampulosa robusta
retórica de su pasión demoledora

Pero yo no sabía ser
Unas páginas de *Orlando* me ayudaban
De tanto en tanto
como quien consulta la hora
hojeaba a Borges
No sabía ser y cada estación
Amor me laceraba y cada romance
—¿era otro o era el mismo?—
traía su Romancero
—Nunca fuera caballero...
de damas tan bien servido...
(Por el muro fugitiva
la sombra de un perro)

Me dieron por herencia el mundo
como voluntad y representación
Entre las ruinas del tiempo
el organillero levanta castillos de naipes
me saludan los árboles
y al fondo una algarabía
la voz se multiplica en los ojos del juez
en los ojos del inocente y del culpable
entre la fronda o en el centro de la tierra

Ya sin voz la voz me cautivaba
sirena de la canción sin sueño
música del pensamiento
insistía-insiste
dónde está enterrado Moctezuma?
dónde Marina nuestra lengua?
nuestra Chingatumadre dónde está enterrada?
Preguntaba-pregunta
Ni otro ni el mismo
alguno con Dios algunotro con el Diablo

No sabía ser
entre Águila y Serpiente
entre escaleras serpientes
contemplación y acción
Obstinada rigurosa

insiste la voz insiste
apremia como un genio
(tejo y destejo no puedo acabar
tan larga la tela deste antiguo cantar)

¿Qué quieres? ¿Quieres?
Y yo a tientas incierto
no sé si ser
                              tartamudo
si tan feliz balbuceo:

"Quien alcanza lo que busca
su deseo lamentará
pues alcanzarlo no vale
un eterno **llegará**
Era otro y era el mismo
—nadie alcanza lo que busca—
Era el que ya se iba
Soy el que quién sabe
Soy el que todavía no"

Frères humains qui après nous vivez,
N’ayez les coeurs contre nous endurcis,
Car, si pitié de nous pauvres ayez,
Dieu en aura de vous plutôt merci.
François Villon, “L’Epitaphe” ou “Ballade des Pendus”

Hermanos humanos que después de nosotros vivís,
No tengaís los corazones contra nosotros duros,
Pues si piedad, pobres de nosotros, tenéis,
Dios tendrá más pronto de vosotros misericordia.

Mais riez riez de moi
Hommes de partout surtout gens d'ici
Car il y a tant de choses que je n'ose vous dire
Tant de choses que vous en me laisserez pas dire
Ayez pitié de moi.
Guillaume Apollinaire, "La jolie rousse"

Pero ríanse ríanse de mí
Hombres de todas partes y sobre todo gente de por aquí
Pues hay tantas cosas que no me atrevo a decir
Tantas cosas que no me dejarían decir
Tened piedad de mí.

Ir y quedarse y con quedar partirse.
Lope de Vega

¿Qué es un poema? Un poema es un estado de ánimo descifrado verbalmente. ¿Qué es un poema extenso? Un poema extenso es un estado de ánimo que busca descifrarse por medio de una palabra sostenida. *Recuerdos de Coyoacán* nació como un hilo personal entre algunos poemas autobiográficos de Alfonso Reyes y de Octavio Paz —entre otros "San Ildefonso" de aquél y "Nocturno de San Ildefonso" de éste, entre las "Soledades" del primero y *Pasado en claro* del segundo, entre la ordenada aventura del regio prosista y la aventurada orden poética del autor de *La estación violenta*, entre el talento comunitario y la tradición disruptiva, individual. Habla en romance pero tiende al verso suelto, encabalga cuando puede. Acepta algunos ecos de la Edad Media y del Renacimiento: François Villon, el Arcipreste de Hita, Jorge Manrique, Joachim du Bellay.

Cuando pisé por primera vez la Preparatoria 6, en la calle de Corina (casualmente llamada como la atractiva improvisadora de *Corinne* de Madame de Staël, como una perra que quise mucho y como una canción popular de la época), en Coyoacán, tenía —o creía tener— conciencia de que la historia ya había pasado: San Ildefonso, los patios de la antigua Preparatoria, la agitada vida estudiantil del México de los años treinta que mi padre y sus amigos

evocaban con deportiva y jubilosa nostalgia, no se podía comparar con el nuevo y moderno edificio al que entrábamos para hacer nuestros estudios ni con nuestra insípida y moderna época. Me había rapado para que no me raparan, pero no me escapé de un susto con golpes y empujones cuando pegué un periódico mural donde el moralista ya daba muestras de insolencia y exhibicionismo: así conocí a los porros y a uno de sus líderes en Prepa 6: León de la Selva q.e.p.d. (no llevaba tan mal su nombre). Unos meses después, nos percatamos de que la historia no había pasado de ningún modo. Estalló 1968 y, como vivíamos bajo el volcán, algunos quisimos asomarnos al cráter. Supimos por otras experiencias personalísimas que quien ha respirado el polvo de las calles de México, como dice Malcon Lowry, ya no encontrará la paz en ningún otro sitio.

Siempre tuve una tendencia a la soledad y a la contemplación. Aunque acompañaba a mis compañeros a la calle, prefería leer. Cuando el Movimiento Estudiantil desfallecía, mis aventuras leídas apenas comenzaban: leía las cosas que me interesaban y las que imponía el interés del tiempo. Me atraían la Edad Media y la Patrística, mi lectura de cabecera fue durante mucho tiempo *La rama dorada*, cuyas historias de regicidios rituales y explicaciones arcaicas me edificaban. La furia política que se apoderó de casi todos mis contemporáneos me fue ajena. En cambio, el Centro me atraía como un imán irresistible: aquella ciudad era como un libro que había que descifrar.

No quiero decir que no asistí a las grandes marchas de protesta —¡era casi imposible no ir!—; digo que prefería andar solo y caminar con mi sombra, perderme, desconcertarme por las calles de México. Ahora, aquí, mis pasos han querido ir en busca de otros pasos y cruzarse con ellos al doblar la esquina de un verso:

> ...llevo a cuestas mi poesía
> como el muchacho que noche y día
> para recreo de gente baja
> lleva en su viejo palo la caja
> del organillo de Berbería
>
> Luis G. Urbina, "Desde un lugar de la Mancha"

Primero por las lecturas y luego por los viajes, me di cuenta de que para algunos México era el nombre de una ciudad; para otros, por ejemplo D.H. Lawrence, no era más que *after all one little town away South in the Republic.* (Sólo unos cuantos años más tarde, en 1971, salí caminando con un amigo desde la Avenida Taxqueña hasta la Ciudad de Cuautla pasando por Tepoztlán y Yautepec.)

El ir y venir entre el México andado y el México leído, entre la ciudad y la geografía circundante, entre los bosques sagrados y sangrientos de *La rama dorada* y los espejismos selváticos de la ciudad desarrolló en mí cierto sentido de la orientación.

> Pero es así como he podido conservar, con la gracia de Dios, sin inquietud ni sobresaltos de conciencia, las antiguas creencias de nuestra religión en medio de innumerables sectas y de las divisiones que nuestro siglo ha producido.
>
> MICHEL DE MONTAIGNE

El autor debe a una familia de amigos el cotejo entre la tierra de México y su imagen; le debe la conciencia de que más allá de la pirámide y de la biblioteca, estaban el cielo y las montañas, la luz y el aire. Entre otros se llaman Enrique y Yolanda, Argel, Yoli y Silvia Alatorre. A ellos les pide absolución.

México, D.F., a 9 de febrero de 1998

Nota editorial

Los poemas que integran *60*, fueron tomados de *La campana y el tiempo*, publicado originalmente por Hueso Húmero Ediciones (Lima, 2003), con prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda. Asimismo, se incluyen poemas tomados de *La tercera mitad del corazón*, editado recientemente en la colección Práctica Mortal del Conaculta. Gran parte de estos poemas han aparecido en libros individuales; sobre algunos de ellos, Adolfo Castañón ha narrado su historia:

> *El reyezuelo* fue original y parcialmente publicado en la revista *Caos* (en 1978) gracias a Héctor Subirats y José Luis Rivas. En 1984, Leticia Ocharán y Roberto López Moreno lo editaron con el sello de Tea. En 1987, Juan Pascoe lo compuso en monotipo y prensa de mano con el sello del Taller de Martín Pescador, en el rancho de Santa Rosa, en Michoacán, con un tiraje de 150 ejemplares. José María Espinasa lo incluyó en la Colección Molinos de viento (núm. 58) de la Universidad Autónoma Metropolitana, en 1988. La Editorial Monte Ávila lo publicó con su sello en 1992 junto con otros dos libros: *Fuera del aire* y *El pabellón de la límpida soledad* con el título de *El reyezuelo.* Como salta a la vista, el libro es una composición hecha a base de imitaciones, paráfrasis y alusiones a Catulo, Ovidio, Juvenal, Propercio, Marcial, Tertuliano, San Agustín, entre otros.
>
> *El pabellón de la límpida soledad* fue publicado por Diego García Elío en 1988, en México en las Ediciones del Equilibrista. Este libro incluye cuentos y poemas en prosa.

La otra mano del tañedor: la primera edición de este libro fue publicada en 1996 en México por Víctor Manuel Mendiola en la Colección Vita Nuova de *El Tucán de Virginia*, esta edición incluye una "Nota introductoria" de Aurelio Asiain a instancias de Víctor Hugo Piña Williams. Quince poemas de este libro se publicaron en Margen de Poesía (núm. 10), separata de la revista Casa del Tiempo de la UAM en 1992

Cielos de Antigua: este cuadernillo se publicó primero en Guatemala, por la Editorial Artemis-Edinter de don Jesús Chico en su Colección Ayer y Hoy, en 1997 con un prólogo del escritor guatemalteco Alfonso Enrique Barrientos. Posteriormente fue publicado en México por Alfredo Herrera Patiño en la Editorial Verdehalago, en 1997. También se incluye en el libro de viajes *Lugares que pasan (Paseos IV*, 1998). *Cielos de Antigua* se inscribió en el proyecto "La carta del cielo" realizado por la artista colombiana Gloria Posada, en el contexto de la Exposición *Inside out Outside in* celebrado en la Kunstlerhaus de Dortmund, Alemania en el verano de 1996.

Recuerdos de Coyoacán. La primera edición de esta autobiografía en verso escrita en Beaugency, Francia, entre diciembre de 1997 y enero de 1998, edición numerada de 500 ejemplares. Fue realizada gracias a Roberto Rébora y Josué Ramírez para Ditoria en 1998.

La siguiente edición —junto con *Tránsito de Octavio Paz*— se editó en Santo Domingo, República Dominicana, con un prólogo de Soledad Álvarez y un grabado hecho especialmente para el libro de Desireé Domínguez dentro de las ediciones que la Feria Internacional del Libro en Santo Domingo hizo con motivo de la

presencia de México como país invitado en 1999. Ese mismo año se hizo una tercera edición en Madrid, España, con un texto en contratapa de Saúl Yurkievich, a instancias de Ricardo Navarro para los Libros de la Galera Sol.

La Editorial Verdehalago lo reeditó por cuarta vez en México en 2000 como número 45 de la Colección Las Cascadas Prodigiosas. Este libro ha sido traducido al francés por Jean Luc Lacarrière y un amplio fragmento de esta traducción apareció en la *Nouvelle Revue Française* en el número 558 correspondiente a junio de 2001.

En 1998 la revista colombiana *Golpe de dados. Revista de poesía,* dirigida por Mario Rivero lo incluyó como separata de su número CLVI, vol. XXVI, editada en Bogotá en noviembre-diciembre de ese año. La Residencia de Estudiantes de Madrid, animada por don José García, supo hacer un tiraje limitado de este poema en 1999.

Gracias al apoyo de José Luis Rivas, *Había una voz* fue publicado en la ciudad de Xalapa en 2000, bajo el sello de la Universidad Veracruzana.

Índice

60 se terminó de imprimir en la ciudad de México
el 8 de agosto de 2012, para celebrar el sexagésimo
aniversario de Jesús Adolfo Castañón Morán, quien vio la
luz en la calle de Regina de la ciudad de México, frente al
convento de San Jerónimo, patrono de los traductores.
60, de Adolfo Castañón, es un volumen compuesto por tres
amigos que, llevados por el placer derivado de su lectura,
incurrieron en el colmo del libre albedrío y se internaron en
el territorio del lobo joven, aquel que alguna vez puso en su
puerta un falso aviso: *Cave Canem*.